

El Maestro Ciruela



Fernando Almena

Fernando Almena

EL MAESTRO
CIRUELA



El Maestro Cirujano

EL MAESTRO
CIRUJANO

A Fernando y Jorge

Principio de septiembre

El verano preparaba sus maletas dispuesto a emprender un largo viaje por el tiempo –o corto, según se mire– para nacer de nuevo, en un ciclo sin fin, al cabo de nueve meses. Como cada hijo de vecino, ¡faltaría más!

La gente del barrio, por el contrario, deshacía su equipaje después de unas siempre breves vacaciones.

–Es que tendría que haber un mes de trabajo y once de vacaciones –sentenciaba don Simeón en plan de filósofo.

Don Simeón era dueño de un hotel en la costa, y en época de vacaciones se forraba de dinero. Vamos, que se ponía las botas.

Pero dejemos en paz a don Simeón, que nada se le ha perdido en esta historia.

La escuela se apercebía también para el inicio del nuevo curso. La señora Tomasa era la encargada de organizar el zafarrancho de limpieza, de ventilar las aulas, de quitar el polvo a los pupitres y de arrancar las veintitrés telarañas de todos los veranos.

–Esta vez han sido veinticuatro.

–Habrá que controlarlas el año próximo –contestó el director, que era un maniático de los controles.

–Nada de eso, habrá que tomar medidas –respondió la señora Tomasa con gesto malhumorado.

—Tampoco vamos a discutir por una telaraña más o menos.

—Claro que sí. En un colegio han de dar ejemplo de disciplina hasta los arácnidos —insistió la encargada de la limpieza, que de Zoología sabía un rato.

El director era joven, como el resto del profesorado de aquel centro. A pesar de su juventud, ya se había ganado, sin mayores méritos ni oposiciones, una hermosa barriga y una ejemplar calva, que era todo un monumento al melón amarillo. Claro que ía falta de pelo en el tejado la compensaba con una negra, enmarañada y larguísima barba. Vestía siempre unos vaqueros descoloridos y una camisa de cuadros chillones; algo así como el presidente Reagan en sus mejores tiempos, pero sin sombrero tejano.

Los maestros se habían incorporado a sus puestos con el fin de disponer todo para el comienzo de las clases. Habían llegado todos salvo uno; precisamente el único nuevo, que había logrado plaza en el colegio de la capital gracias a su alta puntuación por los muchos años que llevaba ejerciendo por los pueblos.

Don Onofre, el director, que se encontraba enfurecido porque consideraba su ausencia una falta de responsabilidad y de disciplina, paseaba nervioso delante de los maestros como un capitán de barco frente a una tripulación díscola.

—Esto no se puede tolerar. El que sea un señor mayor no lo autoriza a incorporarse cuando le dé la gana. Vosotros sabéis que me gusta reuniros antes del comienzo del curso para marcaros las directrices

que debemos seguir durante el mismo. Os hablaré a pesar de su ausencia. En fin, ante todo quiero comentaros que este año, por extraño que parezca, el ministerio no ha cambiado los planes de estudio. Algo marcha mal. No obstante, bla, bla, bla...

Les metió un rollo que les dejó *groguis*. Incluso uno de los maestros se quedó dormido en un rincón. Don Onofre le preguntó:

—¿Te has enterado, Manolo?

—¡Cómo no me voy a enterar, si llevo cinco años oyéndote el mismo discurso!

Llegó, al fin, el día de inauguración del curso escolar, y el nuevo maestro seguía sin aparecer.

Don Onofre se vistió el traje oscuro de las bodas, que sólo se vestía en las grandes solemnidades, y se adornó con una pajarita roja, que se ataba a la barba, ya que en el cuello no había manera de verla debajo de tanto pelo, y se ocupó en dar la bienvenida a los alumnos y en saludar a los padres. Sonreía a todos, pero no con la alegría de siempre. Y es que estaba de mal humor por culpa de la tardanza del nuevo maestro. No conseguía apartarlo de su mente. “Se le va a cargar. Vaya si se la carga”, se repetía.

Los padres, poco a poco, fueron abandonando el colegio. Don Onofre decía adiós con la mano a los más rezagados, cuando reparó en un tipo curioso y sorprendente que se acercaba con pasos de gorrión y los pies muy abiertos, como si quisieran marchar hacia lados opuestos. Destacaban sus pantalones rojos, extremadamente cortos, que no le cubrían siquiera los tobillos y que dejaban al descubierto unos calcetines desparejados, cada uno de distinto

color. No extrañaba menos su chaqueta blanca, su minúscula corbata, los zapatos rojos y puntiagudos, el bombín o la abierta sombrilla de colorines. Pero lo más chocante era la jaula con el loro que llevaba colgada del mango del paraguas.

El director, nada más fijarse en él, pensó: "Un vendedor de chucherías o un farandulero. No ha empezado el curso y ya viene dispuesto a dar la paliza". Y escapó hacia el interior como si lo persiguiera el malo de la película, pero el hombre estrambótico le gritó:

—¡Eh!, espere, no escurra el bulto.

Don Onofre se detuvo y se volvió un poco avergonzado de su descortesía. Observó el largo pelo del color de la zanahoria, la nariz aguileña y las mejillas violáceas del hombre, antes de preguntar:

—¿Qué desea? Le advierto que tengo mucha prisa y que no nos interesa comprar nada.

—Quiero hablar con usted que es el director de este colegio.

—¿Y cómo sabe que soy el director?

—Por la pajarita.

Don Onofre se rascó la cabeza. El recién llegado aclaró:

—Un hombre vestido con tanta extravagancia sólo puede ser el director.

Don Onofre agitó ahora la cabeza como si quisiera sacudirse una alucinación.

—¿Y usted quién es?

—Teófanos Ciruela, el nuevo maestro.

—El nuevo —repitió el loro, por si acaso no le había entendido.

El director abrió la boca como un felino ante una presa tierna, pero el hombre le atajó:

—¿Quiere un chicle?

Y antes de que la cerrara, le había metido una pastilla gigantesca en la boca.

Don Onofre, mientras pensaba cómo iniciar su bronca, se dedicó a masticar el chicle, que, poco a poco, fue ablandándose y haciéndose pegajoso. De tal modo, que cuando quiso hablar no le salían las palabras.

—Me he atrasado un poco —continuó el nuevo maestro—, pero supongo que no me habrán echado de menos. Como nadie me conoce...

El director pensó que era su obligación comunicarle el correctivo que había decidido imponerle por su indisciplina.

—Se ocupará de una clase de pequeños —balbuceó, convencido de que su mayor deseo sería hacerse cargo de alguna de las clases de los mayores.

El hombre, por el contrario, se puso muy contento con la noticia. Era como si le hubiera tocado el gordo de Navidad.

—Muchas gracias, es el mejor premio que podría darme.

A don Onofre se le abrieron los ojos y se le hincharon las narices hasta el borde de la explosión. Iba a soltar una palabrota, pero de su boca sólo salió un precioso globo de rosas, que se inflaba e inflaba conforme crecía su indignación.

—Oiga, hace usted unos globos magníficos. Ni yo mismo sería capaz de conseguirlos tan buenos. Si quiere podemos organizar un campeonato.

El director, que era licenciado en psicología y en sociología, se pegó un golpe e indicó con el dedo al maestro Ciruela que entrase en el colegio, pero con tal infortunio, que pinchó el globo y explotó. El chicle se le pegó a la barba, que le quedó como un algo-dón de azúcar.

El maestro Ciruela cerró la sombrilla, la cargó sobre el hombro, con la jaula colgada de la empuñadura, y pasó al interior.

Encuentro en la tercera clase

El despacho de don Onofre era pequeño y destaralado, algo así como una caja de galletas venida a más. Tenía una sola ventana, por la que se divisaba el cuello de jirafa de una chimenea desgarrada, que vomitaba todo el humo inimaginable: la pipa en que fumaba, intoxicándose, la gran ciudad.

Un rincón lo ocupaba un esqueleto humano, con traza de roquero vacilón. Don Teófanos Ciruela, al descubierto, se quitó respetuosamente el sombrero y lo saludó con un ademán.

—¿Qué hace usted? —preguntó el director, muy sorprendido—. Sólo es el esqueleto de un hombre.

—De una mujer —puntualizó el maestro Ciruela.

—¿Cómo sabe usted...?

Pero su pregunta quedó en el aire, porque el esqueleto levantó y extendió lo que le quedaba de mano, y don Teófanos se la besó cortésmente.

—A sus pies, señora.

El director no supo jamás si fue la mano la que se levantó o fue don Teófanos quien la ayudó, pero perdió el deseo de preguntar y únicamente dijo: —Siéntese, don Teófanos.

—Usted primero, don Onofre.

— ¡Se sienten, *corcho!* —gritó el loro, que era muy aficionado a las películas de tiros y poco a decir palabrotas, a pesar de su condición de loro celtibérico.

-Y digo yo...

"Malo, pensó el maestro Ciruela, "malo cuando empieza con esta frase".

-Y digo yo -continuó el director-, ¿no preferiría usted un colegio más tranquilo? Podría cambiar su plaza con algún maestro al que pudiera interesar esta zona. Precisamente conozco a uno que...

-Un amigo suyo, ¿verdad?

Don Onofre se sonrojó un poco porque, en honor a la verdad, tenía que reconocer que quería el puesto para un amigo de la infancia y que se llevó un berrinche de marca cuando supo que lo había conseguido un maestro de pueblo.

-Pues sí, un amigo, pero no crea que lo hago por amistad... -se excusó el director.

¿Es que usted cree que las plazas se cambian como los cromos? Si su amigo quiere un puesto en este colegio, que se lo gane. El que quiera culo, que se moje los peces.

-Será al revés.

-Bueno, pues el que se moje el culo, que quiera peces.

El director miró al techo con resignación, suspiró y continuó pacientemente:

-Mire usted, por su aspecto deduzco que éste no es el colegio apropiado.

-¿Qué tiene que ver mi aspecto con la calidad de mi enseñanza y con mi preparación profesional?

-dicho esto, don Teófanos se levantó y compuso su figura-. Además, ¿qué sucede con mi aspecto?

¿Acaso ha visto usted alguien más elegante que yo?, ¿eh...?, ¿eh...?

Y se dio una vuelta por el despacho. El loro gritó con énfasis y admiración:

-¡Chulo! -y lanzó un silbido como si hubiese cruzado una rubia despampanante.

-Pero sus métodos de enseñanza quizá no sean los adecuados.

El maestro Ciruela ocupó de nuevo su asiento y avanzó el dedo índice hacia el director, al que casi le saca un ojo.

-¡Qué sabrá usted de mis métodos de enseñanza! -y bajó la voz-. ¿Se sabe usted de carrerilla los nombres de los reyes godos?

-Claro que sí -afirmó el director, picado en su amor propio.

-Me lo temía... Sin embargo, no será capaz de imitar el canto del jilguero, ¿verdad?

-No.

-¿Y el de la calandria?

-Tampoco... -negó el director, ya un poco avergonzado-, pero sé el del gallo.

-Hágalo.

-Quiquiriquí -cantó con timidez don Onofre, cogido por sorpresa.

-Más alto, sin miedo.

-¡QUIQUIRIQUÍ, QUIQUIRIQUÍ...!

En esto, se abrió la puerta del despacho, asomó la cabeza la señora Tomasa y, luego, llamó con los nudillos, que tal era su costumbre: primero entraba y después llamaba.

Al descubrir a don Onofre en su faceta de gallinácea, puso la misma cara que si hubiera visto al alcalde vestido de fallera mayor.

-¿Quiere algo, señora Tomasa?

-Nada, decirle que está usted loco. Sí, señor, loco como una cabra.

Y tras un portazo, se marchó.

El director miró fijamente al nuevo maestro y dijo:

-Está bien, tiene usted todo el derecho a quedarse.

Se ocupará de quinto curso.

-Magnífico. ¿Dónde se encuentra el aula?

-Saliendo por el pasillo, la tercera clase. Pero no se preocupe, lo acompañaré y haré su presentación.

Cuando el director abrió la puerta del aula, una tiza pasó silbando junto a su cabeza. El maestro Ciruela, con un movimiento agilísimo, logró cogerla al vuelo y se la dio al loro. El animal se puso a chuparla como si fuera un bombón, que el calcio es bueno para las aves.

-¿Quién ha sido? -preguntó el director:

Se hizo un silencio masticable como los chicles del maestro Ciruela.

-Yo no he sido -afirmó una voz infantil, con aire de lección aprendida.

-Ya lo sé, Oscar -concedió don Onofre.

El ruido de un ejército de moscardones humanos se dejó oír en la clase. Don Onofre, malhumorado, ordenó silencio con un gesto e hizo otro al maestro Ciruela, invitándolo a que pasara.

Los niños, al verlo, empezaron a reír por lo bajini. El director los miró severamente y dijo:

-Quiero presentaros a don Teófanos Ciruela... ¿cuál es su segundo apellido?

-Notengo.

-¡Cómo no va a tener segundo apellido!

-Claro que sí. Mi madre se llamaba Margarita Notengo Martínez, y por eso mi segundo apellido es Notengo.

Los niños dejaron escapar sus risitas volanderas y don Onofre se puso muy nervioso.

-Bien, pues don Teófanos Ciruela Notengo será vuestro profesor durante este curso. Espero que os comportéis con él tan bien como hasta ahora lo habéis hecho con anteriores maestros. Y basta de risas. Don Teófanos, le dejo con su clase.

Nada más salir, los alumnos prorrumpieron en carcajadas, provocadas, sin duda, por la estrafalaria figura del nuevo maestro. El barullo se hizo ensordecedor, hasta que una voz enérgica lo acalló.

-¡Silencio!, al que arme jaleo le arranco la nariz.

Los chavales se quedaron más cortados que el pelo de un soldado.

El loro había hablado.

Prohibido prohibir

El aula de quinto curso era luminosa, gracias a los amplios ventanales que corrían a lo largo del muro, por los que se asomaban con curiosidad las acacias y los chopos del patio. Tal vez quisieran diplomarse en magisterio o impartir algunas lecciones de botánica.

El aspecto de la clase resultaba alegre y calmoso. Lo único inquietante eran los alumnos. Si habían dejado de reír y alborotar no se debía a otro motivo que al miedo a perder la nariz de un picotazo o a la sorpresa frente a la enérgica autoridad del plumífero visitante.

Pero el panorama no parecía que intimidara a don Teófanos Ciruela que se mostraba sonriente y complacido.

—Supongo que sabréis disculpar al loro —dijo—. Aunque parezca algo bruto, os garantizo que es animal de buen corazón. Puedo aseguraros —añadió sin darle importancia— que no creo que haya arrancado más de tres o cuatro narices.

Los chavales se miraron de reojo. Víctor, que era bajito, pecoso y con pinto de cabecilla de ejército de contradicción, apuntó por lo bajo:

—Hay que cargarse al loro.

El maestro Ciruela no debió de enterarse del asunto, pues continuó:

—Bueno, ahora que nos conocemos, me gustaría que me explicaseis la causa de vuestras risas.

Nadie parecía dispuesto a dar tal explicación. El maestro miró a todos sin apartar su sonrisa y, en vista de ello, se dirigió a Lucas, el más alto y orondo de la clase.

—A ver, dime tú.

Lucas agachó su redonda cabeza, movió los mofletes y se encogió de hombros.

—No sé..., como los demás se reían...

—¿Sólo eso? Di algo, porque supongo que sabrás decir algo más, ¿no?

Lucas, apenas capaz de contener la risa, se lanzó:

—El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará?, el desenladrillador...

La carcajada fue general, incluso se oyó la del loro, que vociferó:

—Vale, tío, me has convencido.

Don Teófanos, cuya sonrisa parecía que se le había quedado pegada en la cara, insistió:

—¿Ninguno de vosotros quiere dar una explicación?

Dada la impresión de que nadie iba a hacerlo, cuando Oscar alzó su cara de avellana rancia y habló:

—Ha sido por su... pinta. Que conste que me ha parecido una falta de respeto y de consideración, don Teófanos.

El maestro pegó un brinco y se puso en jarras.

—¿Qué pinta, acaso tengo yo mala pinta? Es lo más inaudito que he oído en mi larga vida de maestro.

Entre los alumnos cundió el temor a que el maes-

tro montase en cólera. Vefan que el curso no iba a tener un comienzo feliz ni prometedor. Tal vez ello, Yolanda, una niña de larga melena rubia y con aspecto de decidida, medió:

—Oscar se refiere a que siempre hemos tenido maestros jóvenes, y como usted es más... más... mayor...

Los ojos de don Teófanos se dirigieron hacia la niña y comenzaron a girar dentro de sus órbitas como remolinos imparables. Parecía un avión bimoto a punto de despegar. Los niños sintieron deseos de reír, pero ninguno se atrevía a mover un músculo, igual que el maestro, que estaba rígido, estático, a excepción de sus alocados ojos. Y así estuvo hasta que dijo:

—¡Mayor, mayor! ¿Es que un maestro siempre ha de ser joven? Lo importante es la edad de aquí —y se señaló la cabeza—, la juventud del coco. Pero si os preocupa también la física, os demostraré que estoy tan ágil como el que más.

De un salto increíble, como impulsado por ocultos resortes, se subió en la mesa y de ella voló hasta lo alto del armario. Quedó agazapado sobre él porque el techo no le permitía enderezarse. Desde allí preguntó:

—¿Qué os ha parecido?

Los niños, cogidos por sorpresa, no se atrevían a responder. Entonces, el maestro Ciruela, de un limpio salto, bajó del armario y se dirigió nuevamente a ellos:

—Y esto no es nada. Seguro que os gano a correr. ¿Quién de vosotros es el más rápido?

Todas las miradas convergieron en Luis, un chaval moreno y flaco al que llamaban “ciempiés”, porque era todo patas, y que siempre ganaba las carreras en las pruebas de atletismo.

Víctor pensó que el maestro trataba de ganárselos con sus habilidades, por lo que intervino de nuevo en voz baja:

—Quiere quedarse con nosotros. Tenemos que darle una lección.

Los niños que se encontraban en su proximidad asistieron. Pero en esta ocasión don Teófanos se percató de la maniobra.

—¿Qué estás cuchicheando? —preguntó.

—Nada —respondió Víctor—, sólo decía que no hay quien gane a Luis.

—¡Ah!, ¿no? Ya se verá. Echaremos una carrera durante el recreo.

Víctor se estrujó la mollera y, rápidamente, apuntó una solución conflictiva para don Teófanos:

—¿Y por qué no se hace ahora en el pasillo?

Creyó que iba a intimidar al maestro Ciruela, pero se equivocó.

—¿Y por qué no? Vamos al pasillo. La prueba consistiría en ir hasta el final y volver.

Todos se apiñaron en el extremo del corredor. Más que una prueba, aquella carrera constituía para ellos una aventura por lo que de infracción de las normas tenía. Sus rostros reflejaban la misma exaltación que cuando se aprestaban para una travesura peligrosa. Sólo que en este caso era el maestro quien se la podría cargar.

Don Teófanos colgó la jaula del loro en la mani-

gueta de la puerta para que no se perdiera el espectáculo. Luego con una tiza, trazó una raya en el suelo para señalar la línea de salida y, a la vez, de llegada.

Los dos corredores se situaron en posición de carrera ante la línea. Sólo faltaba por determinar quién daría la salida. El maestro Ciruela se volvió hacia el grupo de espectadores y señaló a Marga, una niña con aspecto de inteligente y respetable funcionaria, cuya belleza morena resaltaban sus grandes gafas.

Luis, "ciempiés", se concentraba, resuelto a hacer la mejor carrera de su historia. Sus largas piernas y su cuerpo nervudo y tenso le daban el aspecto de un muelle dispuesto a saltar en cualquier instante.

—¿Preparados?, ¿listos...? —anunció Marga—. ¡ya!

Los dos corredores partieron como una exhalación. Los niños animaban con sus gritos: "¡Luis, Luis, Luis...! A don Teófanos, por el contrario, nadie lo animaba. Bueno, salvo el loro, que repetía:

—¡Ciruela, Ciruela, Ciruela...!

Pero con tal alboroto ni se oía.

Pronto los espectadores se dieron cuenta de que aquel maestro parecía propulsado por reactores: cuando Luis llegaba al final del pasillo, él ya había vuelto y entraba en la meta. Hubo decepción y sorpresa. Aunque mayor fue la de los maestros de los otros cursos, que se asomaron, alarmados por aquel guirigay, a la puerta de sus aulas.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó vociferando doña Perfiría, la encargada de sexto, que era mujer flaca pero enérgica—. ¿Y quién usted?

—Soy el nuevo maestro de quinto.

—¡Ah, por fin ha llegado! Bien, ¿no sabe que no se puede correr por los pasillos? Está prohibido.

—¡Prohibido! ¡Prohibido! —gritaron a coro los demás maestros.

Víctor se frotó las manos y cuchicheó a sus compañeros:

—¡Ya se la ha cargado!

Pero se quedaron atónitos con la respuesta de don Teófanos:

—¡Prohibido! ¡Prohibido correr por los pasillos, prohibido pisar el césped, prohibo hacer pis detrás de los árboles, prohibido hurgarse en la nariz...! ¡Qué no está prohibido? —respiró profundamente y añadió—. Niños, a clase.

Pero cuando él iba a entrar, se volvió hacia los maestros y sentenció:

—¡Prohibido prohibir!

Los chavales ocuparon sus asientos, llenos de asombro por la salida extraña de su profesor, que pronto dejó clara su filosofía:

—Como comprenderéis, yo no estoy en contra de la disciplina ni el orden, pero pienso que no pueden conseguirse mostrando lo que es correcto o incorrecto y cuando una actitud puede ser apropiada o inconveniente. Es cuestión de enseñanza, de educación, pero no de prohibiciones.

A los niños les pareció interesante aquel razonamiento, y se sintieron relajados, quizá llenos de confianza.

Don Teófanos adoptó un aire de seriedad y dijo:

—Bien, ya nos hemos divertido bastante. Acaba de

comenzar el curso y ahora debemos emprender nuestra tarea. Tal vez mi método de enseñanza os parezca extraño, pero no sé otro que el que seguiremos durante el curso. Yo, que queréis, detesto los métodos aburridos, memorísticos y repetitivos.

Los niños ignoraban qué pretendía don Teófanos con su discurso. Se miraban sorprendidos, con el convencimiento general de que el nuevo maestro estaba un poco loco y de que aquella sería otra de sus extravagancias.

—Pero eso —continuó—, durante el curso prestaremos especial atención a la lectura, a la música, al teatro y al juego. Ellos nos ayudarán a que entendamos y aprendamos mejor el resto de las materias. ¿Alguna pregunta?

Lucas levantó la mano y arrugó sus mofletes, dibujando una sonrisa beatífica.

—¿Quiere decir que no tendremos que estudiar ni aprender cosas de memoria?

Don Teófanos lo miró con los ojos encogidos como pasas. Y antes de contestar, se empinó sobre la punta de sus zapatos, con lo que resaltó más, si cabe, la originalidad de sus calcetines.

—¿Tú crees que soy un maestro o un tonto? Claro que habrá que estudiar, pero con mi método. Sobre la memoria —prosiguió—, creo que hay que ejercitarla, si no es una facultad que se atrofia. Pero hay que compaginarla con el interés. Por ejemplo, ¿quiénes sabéis de memoria todos, y digo todos, los afluentes del río Duero? Levantad la mano.

Ni una sola mano se alzó, y más, después de un largo y olvidadizo verano.

—En cambio, ¿quiénes sabéis la alineación del Cachalote Club de Fútbol?

La clase se convirtió en un bosque de brazos oscilantes, agitados por el fuerte viento del “yo lo sé”.

—Lo sabéis porque habéis prestado vuestra atención, vuestro interés.

Don Teófanos miró a sus alumnos con aire de complacencia, se acarició el largo cabello y dijo:

—¿Alguna otra pregunta?

Esta vez intervino Hugo, el más pequeño de la clase, con su cara de ingenuidad y de quien va a contar un chiste.

—¿Podemos jugar con el loro?

—Eso depende de él y de vosotros. Es cuestión de mutuo entendimiento y confianza. Y bien, voy a escribiros en la pizarra la lista de libros que leemos durante el curso.

Don Teófanos escribía en el tablero de espaldas a sus alumnos, con una letra redonda y dinámina, como si tuviera vida. A las tes, más que palitos parecía que les colocara alas; y a las emes y enes, pies.

Entretanto, César, que era de natural travieso y alborotador, el más picapleitos de la clase, extrajo un pañuelo, que debió de ser blanco alguna vez y que ahora se veía más bien pardusco, y se llevó a la nariz, a la vez que se introducía el dedo índice en la boca, como si lo mordiera, oculto por el pañuelo. Hizo un pícaro guiño a sus compañeros y sopló sobre su mano con todas sus fuerzas, con lo que logró un ruido potente y ronco, igual que si fuera un elefante el que se sonara la nariz. Los niños rompieron a reír y don Teófanos se dio la vuelta y miró con

extrañeza a César, que se excusó:

—Es que estoy resfriado...

—Yo también —aseguró el maestro—, sigue sonándote.

Y el maestro Ciruela sacó un pañuelo e hizo lo mismo que César, sólo que con mayor potencia... El ruido de ambos parecía un concierto de trombones, por lo que, poco a poco, fueron modulando sus sonidos y terminaron por interpretar un conocido rock-and-roll. Es resto de la clase se animó y, una vez fuera los pañuelos, se unió al concierto.

Cuando la música de viento era más estrepitosa, se abrió la puerta y apareció la señora Tomasa, quien, después de llamar con los nudillos, según su costumbre, preguntó llena de sorpresa:

—¿Qué es esto, un catarro colectivo?

—No —contestó don Teófanos—, es rock, pero usted de esto no entiende, señora.

—¿Qué yo no entiendo? —se picó—, usted sabe que el rock-and-roll ya estuvo de moda hace años, pero lo que ignora es que yo era quien mejor lo bailaba en el barrio. Una vez gané una copa.

—¿De plata?

—No, de anís.

El maestro, dispuesto a picar aún más su amor propio, añadió:

—No puedo creerlo.

—¿Quiere que se le demuestre?

—Sí, sí —gritaron los niños.

—Lo haré si usted me acompaña.

—Está bien. Niños, tocad.

El concierto se reanudó y la señora Tomasa y el

maestro Ciruela se pusieron a bailar con la misma agilidad que si tuvieran veinte años. Don Teófanos la volteaba y la hacía girar como una peonza. Sus números acrobáticos entusiasmaron a los improvisados músicos, cuando se abrió de nuevo la puerta y apareció el director, acompañado de los maestros de las aulas vecinas, que habían ido en su busca tras el incidente de la carrera.

—¡Don Teófanos, señora Tomasa! —vociferó don Onofre.

Los niños interrumpieron su interpretación musical. La señora Tomasa se puso tan roja como un semáforo en prohibido. Don Teófanos, por el contrario, sonrió y se acercó a los recién llegados.

—¿También ustedes quieren bailar el rock? —preguntó.

—¡Está loco! —chilló doña Porfiria.

El director por toda respuesta, dijo:

—Niños, al recreo. Y usted, don Teófanos, acompaña a mi despacho.

De lo que en dirección se trató y dijo, sólo don Onofre y don Teófanos podrían dar fe. Si hubo reprimenda, sabios argumentos o gruesas palabras, es un secreto que guardarán celosamente las paredes gastadas del despacho.

No obstante, el asunto motivó variados comentarios y suposiciones, tanto entre alumnos como entre profesores. En especial, cuando se supo que el director y doña Porfiria habían pasado la tarde del siguiente domingo bailando rock en la discoteca.

Lo que, bien mirado, resultó confortante y aleccionador.

Algo sonado

Habían transcurrido las primeras semanas del curso. El maestro Ciruela, con sus juegos y extravagancias, había logrado enseñar a sus alumnos lo suficiente como para que se sintiera orgulloso de su tarea. También el loro, para no ser menos, los recitaba de carrerilla. Para él, el más difícil era el Pisuerga, que cuando lo pronunciaba, ponía voz de moto:

–Pisuerrr...ga.

Hasta Nati, que siempre estaba más despistada que una mosca en un avión, había aprendido los ríos y sus afluentes. Don Teófanos acostumbraba a preguntarle:

–Pero Nati, ¿en qué estás pensando?

En nada, don Teófanos.

Y nunca faltaba alguna voz que apuntara:

–Es que está enomurada...

La niña se ponía encarnada, más de rabia que de vergüenza, y sacaba la lengua a sus compañeros, que gozaban provocando su enojo.

Don Teófanos, días atrás, había llevado a su clase de excursión al campo. Ello supuso, aparte de la lógica diversión, la aventura del loro, que trepó a la copa de un pino y no había manera de que bajara. Tuvo que subir el maestro Ciruela en su busca. Los niños se lo pasaron regio viéndolos saltar de rama en rama mientras el loro repetía: “¡Pisuerrr...ga. Pisuerrr...ga!”.

No menos espectacular fue lo que sucedió a César, que se deslizó por unas rocas, como si fuesen un tobogán, y terminó sentado sobre un cactus. Dio un grito sólo comparable al de Tarzán, lo que hizo que todos los niños, por si las moscas, acudieran.

Don Teófanos dijo que había que quitarle las púas. César, aunque lo estaba deseando, se resistió, y puso como condición que sus compañeros no estuviesen a menos de trescientos metros.

–Quien quiera ver un culo, que lo vea en televisión.

Precisamente, fue en esa excursión en la que un grupo de alumnos se reunieron a la sombra de un alcornoque.

–Yo creo que el maestro Ciruela es un poco raro –comentó Víctor, que parecía llevar la voz cantante.

–¿En qué lo has notado? –preguntó Marga con sorna.

–Quiero decir que no es como los demás, tiene más aguante.

–Vamos, que le va la marcha –puntualizó Lucas, entre mordisco y mordisco a su kilométrico bocadillo.

Marcos, al que apodaban “hacienda” y que siempre estaba intentando sacar algo a los demás, miró a Lucas con cara de amigo íntimo y le dijo:

–Tío, pásame el bocadillo.

–No puede ser, tengo una enfermedad contagiosa –mintió Lucas.

–¡Jo...! –insistió Marcos.

–Que no, tendría que repartir a todos.

Víctor puso cara de impaciencia.

—Dejaos de rollos con el bocata. Vamos a lo nuestro.

—Y qué es lo nuestro? —preguntó Nati, que estaba en las nubes.

Víctor la miró con aire de suficiencia y continuó:

—Digo yo que podríamos prepararle algo sonado.

—¿Y si se enfada? —objeto Hugo.

A Yolanda se le iluminó la mirada.

—¡Qué se va a enfadar! Un tipo tan curioso y divertido bien merece que le gastemos una broma.

—¿Qué podríamos hacerle? —interrogó alguien.

Se hizo el silencio. Todas las pequeñas cabezas trabajaron aceleradamente en busca de una respuesta convincente.

César, que aún no se había clavado el cactus, se frotó las manos, y fue el primero que contestó.

—¡Ya está!, le untamos cola de contacto en el sillón.

—¡Hala! —gritaron a coro sus compañeros.

Mari Luz, conocido por “bombilla”, que siempre tenía ideas geniales y luminosas, para mayor honor y gloria de su nombre y apodo, apuntó:

—Podríamos aserrarle una de las patas del sillón. Bueno, lo suficiente para que se rompiera al sentarse.

La idea no cuajó, pero dio pie, eso sí, a que se pusiera en marcha la imaginación.

—¿Por qué no tiramos una bomba fétida en clase?

—Le clavamos el cajón de la mesa.

—Tiramos un petardo cuando esté escribiendo en la pizarra.

Le regalamos un libro con las hojas en blanco.

—Le metemos ratones en el cajón de su mesa —apuntó uno.

La idea parece que prendió en todos.

—Eso, ratones —dijeron a coro.

Víctor se adelantó al centro del grupo y la pasó revista con la mirada. Parecía un maestro, pero mucho más serio que don Teófanos.

—¡Ratones, ratones! ¿De dónde sacamos ratones? —dijo al fin.

—Yo sé de una tienda de animales...

—Esos son blancos, y los blancos no dan asco.

—Pues los teñimos —propuso Mari Luz.

Lucas se puso en pie y levantó sus mofletes hasta que formaron una vanidosa sonrisa.

—En la carbonera de mi casa hay cuantos queráis. Son como gatos —aseguró.

—Si fueran como gatos se devorarían entre sí —contestó Hugo, con la expresión de quien ha hecho un chiste.

Víctor miró a Lucas con aprobación.

—Tú te encargarás de cazarlos.

—Pero hace falta una ratonera —puntualizó Lucas—, y yo no tengo.

—¡Jolín —respondió Víctor—, pues se compra.

Y de este modo tan simple surgió lo que iba a constituir la diabólica broma para el maestro Ciruela. Rápidamente corrió la voz entre los restantes miembros de la clase. A Oscar fue al único que nada se dijo por miedo a que no aceptara.

Por fin llegó el momento esperado de gastar la broma a don Teófanos. Lucas apareció aquella mañana con los ratones metidos en una bolsa de

grueso papel. Todos se regocijaron al verlo. "Debe de traer un montón", pensaron, a juzgar por el tamaño de la bolsa. Y era cierto, porque, día a día, los había ido cazando y guardando en una jaula, en la que los alimentaba con pan y queso.

Oscar observó el interés de sus compañeros por el contenido de aquel paquete, y preguntó a Lucas:

-¿Qué llevas ahí?

-Nada, unos... bocadillos. Además, ¿qué te importa!

-Bueno..., chaval -respondió Oscar con un mohín de despecho, que, en el fondo, escondía su dolor por la mala contestación.

-¿Por qué no nos quedamos con algunos y se los echamos a las chicas por el escote? -musitó César a Víctor.

-Pero qué bestia eres.

Los encargados de meter los ratones en el cajón serían Lucas, César y Víctor durante la hora de recreo. Cuando ésta llegó, se despistaron fingiendo que iban al servicio. Consiguieron llegar a la clase sin ser vistos. César quedó de guardia en la puerta.

-¿Y ahora cómo los metemos en el cajón? Se nos van a escapar.

-Déjenlos en la bolsa -sugirió Víctor-, pero medio abierta, ellos se encargarán de salir solos.

Así lo hizo Lucas, y cerró con fuerza y rapidez el cajón. Cuando volvieron al patio, nadie había advertido su ausencia.

Se reanudó la clase y se cruzaron guiños de complicidad. Oscar estaba un poco mosca porque no sabía de qué iba la guerra y temía que le hubieran preparado alguna trastada.

El loro también se encontraba inquieto. Parecía como si barruntase algo. Abrió las alas y vociferó:

-¡Aquí se cuece algo, aquí se cuece algo!

Don Teófanos le pasó la mano por las plumas y trató de tranquilizarlo.

-Calla, "Pajarito" -que, además de serlo, era el nombre con que el maestro lo había bautizado.

Luego, se encaminó a su mesa y anunció:

-Había pensado leeros otro capítulo de "Platero y yo", pero si lo preferís, podemos escenificar un poema.

-¡Platero, Platero! -gritaron los alumnos, a pesar de que la escenificación de poemas era un "invento" que les había encantado.

Pero es que el libro de Juan Ramón Jiménez se encontraba en el CAJÓN.

-De acuerdo, de acuerdo, sea por voluntad popular -aceptó de buen grado don Teófanos.

Acercó la mano al cajón y tiró con suavidad de él pero lo cerró rápidamente, como si hubiese descubierto algo explosivo en su interior. Después, frunció el ceño y se aproximó al borde del estrado. Los niños se quedaron más cortados que una ración de chorizo, olfateando la tempestad que amenazaba estallar de un momento a otro. El maestro miró uno a uno con parsimonia y sin acritud.

-¿Quién ha sido? -dijo al fin.

Sus alumnos se interrogaron con la mirada; una mirada que terminó siendo de complicidad.

-Ha sido Oscar -dijo alguien.

-¡Oscar! -añadió la mayoría.

El acusado iba a protestar, pero don Teófanos le

interrumpió.

—Oscar, agradezco tu detalle, siempre resulta grato contemplar tanto animalito reunido. Pero es un placer que no quiero sólo para mí, sino que deseo compartir con todos vosotros.

Dicho esto, regresó a su mesa y se dispuso a abrir el cajón.

Hubo un cierto revuelo y movimiento de temor entre los alumnos, sobre todo en algunas de las niñas. Mari Luz, sorprendentemente, se subió en su pupitre y se puso a chillar como una loca.

Pero don Teófanos parecía no darse cuenta, tiró del cajón y lo abrió con suavidad, casi con dulzura.

Una bandada de mariposas de bellísimos y diferentes colores salieron de estampía y comenzaron a revolotear por el aula.

—Miradlas, miradlas —dijo el maestro—, en sus alas llevan todos los colores del arco iris.

Y abrió de par en par las ventanas, por donde escaparon las mariposas con su vuelo inconstante, casi atolondrado, pero encantador.

¡Báñese quien pueda!

El maestro Ciruela trataba de explicar a sus alumnos el por qué de que los barcos floten. Pero antes de entrar en materia, señaló a Hugo y le preguntó:

—A ver, ¿por qué crees tú que flotan los barcos?

—Por si no, se hundirían —contestó el niño, y soltó una carcajada, celebrando su propio chiste.

—Yolanda —insistió don Teófanos en un nuevo intento.

—Porque son de madera y pesan menos que el agua.

—Los modernos son de acero y, sin embargo, flotan.

—Pues estarán llenos de aire como los globos.

El maestro sonrió y balanceó la cabeza de un lado a otro.

—No exactamente.

Luego, para aclararlo, les explicó el principio de Arquímedes, pero como no los veía muy convencidos decidió pasar a la acción.

Con un viejo cubo de metal, aportación de la señora Tomasa, algunas herramientas y mucha imaginación construyó algo que igual podría ser un barco que una lata gigantesca de sardinas, un satélite artificial o el casco de un romano.

—No hay nada como la práctica —dijo—. Os haré una demostración de cómo navega sin hundirse este

buque de acero. Vamos a probarlo en el estanque del parque.

Para los niños cualquier salida del colegio suponía no sólo una diversión o una aventura sino, además, escabullirse de clase.

El estanque se encontraba en medio del reducido parque: un trozo de terreno que había logrado salvarse de la especulación y en el que, a duras penas, habían conseguido crecer árboles en vez de rascacielos.

Junto al estanque, casi emergiendo de él, se erguía un monumento a un famoso héroe nacional, que montaba un magnífico corcel y empuñaba, brazo en alto, una descomunal espada. Como ningún letrado indicaba su nombre, muchas personas opinaban que la estatua representaba a un célebre actor en una escena de una conocida película. Y es que los héroes, a veces, también necesitan etiqueta, como los jamaones o los botes de mermelada.

Don Teófanos, en medio de la atención y del jorgorio de sus alumnos, botó el barco y comenzó a darles sus muy comprensibles explicaciones, pero la nave hacía agua por una pequeña ranura que tenía en el fondo. El maestro cogió el barco y con golpes de martillo trató de taponar la fuga, que, en este caso, era entrada. Sin embargo, el agua persistía, tenazmente, en entrar por la hendidura.

Don Teófanos, que era hombre insistente y que no se dejaba acobardar fácilmente por la contrariedad, lo intentó una y otra vez, pero sin éxito. A Mari Luz se le debió de encender la bombilla de las ideas luminosas, pues propuso:

—¿Por qué no lo taponamos con chicle?

El maestro se puso más contento que unas castañuelas con la idea de la niña, y pidió prestado un chicle.

Lucas, que siempre estaba masticando algo, se sacó de la boca un chicle ennegrecido y lo entregó a don Teófanos, quien dijo:

—Mari Luz, si funciona tu invento, te daré un diez en el tema de hoy.

Y funcionó, vaya si funcionó. El barco flotaba sin que hiciera agua. Pero el aire o el azar hizo que se fuese al centro del estanque antes de que el maestro lograra reemprender sus explicaciones.

Sin dudar, don Teófanos se quitó los zapatos, se quitó los zapatos, se remangó los pantalones y se metió en el estanque. Poco después César lo imitó, y en breves segundos, media clase se encontró dentro del agua, que sólo cubría hasta las rodillas.

El excéntrico maestro prosiguió su lección dentro del agua. Sus alumnos lo escucharon encantados, cuando apareció un guardia municipal, con su uniforme azul y su porra respetable al cinto, pero, a pesar de ello y de su cara seria y pretendidamente fiera, con un aspecto de bonachón incurable. Detrás del guardia que era grande y fuerte como un elefante criado en una huerta, asomó una señora diminuta y gritona que señaló al maestro Ciruela y a sus alumnos.

—¡Esos son, señor guardia! Están ensuciando el estanque.

—¿Qué hacen dentro del agua? —preguntó el agente con voz de tempestad.

Don Teófanos se quitó el sombrero, saludó y contestó:

—Estoy explicándoles el principio de Arquímedes.

—¡Ah! —dijo el guardia.

Y la señora:

—¡Deténgalos!

—¿Se puede detener a alguien porque explique el principio de...de..., bueno, de quien sea?

—¡Claro que no! —gritaron los niños.

—¡Claro que sí! —vociferó la dama.

—Está bien —amenazó el policía mostrando la porra—, salgan de ahí de inmediato.

Don Teófanos se acercó al borde del estanque y le dijo:

—Mire, sólo trato de enseñarles por qué flotan los barcos.

El guardia sonrió, y se le iluminó el rostro.

—Si sólo es eso..., me parece estupendo.

Oiga, yo soy de un pueblecito de la costa y, antes que guardia, fui marinero.

—Entonces, nos autoriza, ¿verdad? —preguntó el maestro Ciruela.

—No veo inconveniente. Yo de barcos sé un montón. Si quiere, puedo ayudarle.

—Encantado, explíquese lo usted, seguro que lo hará mejor que yo.

El guardia se remangó los pantalones y se metió en el estanque. La señora pegó un chillido y gritó amenazadoramente:

—Esto lo sabrán sus superiores. No sabe usted quién soy yo.

El policía grandulón se encogió de hombros y musitó:

—Ese truco está ya muy visto.

Pero la señora no pudo oírlo porque había escapado como un cohete y saltaba por encima de los bancos y de los viejecitos que tomaban sol. La suya parecía una carrera de vallas.

—Me llamo Eulogio Macarrón del Botijo —se presentó el guardia.

Y empezó a hablarles de barcos, de mares y de pescadores. Tanto empeño ponía, que uno de sus movimientos resbaló y cayó, cuán largo era, dentro del agua. Fue como si hubiera emergido un submarino, del que sólo se veía la increíble panza y el periscopio de su nariz de cachiporra. Pero no se intimidó, se puso de pie y, chorreando, continuó su explicación.

Don Teófanos, entre tanto, se había encaramado a la estatua y le había arrancado la espada al héroe, pero como todos estaban embelesados con el tema de los barcos, ninguno se había dado cuenta.

Sobre el pedestal de la estatua, comenzó a golpear la espada con el martillo y a trabajarla con otras herramientas. Al cabo de un buen rato, lo que fuera una espada se había convertido en una preciosa paloma de alas extendidas. La miró, remiró y la colocó en la mano del héroe. Luego, se bajó y dijo:

—¡Eh!, chicos, ¿Qué os parece?

Ni los niños ni el guardia se daban cuenta de lo que el maestro mostraba con orgullo, hasta que Oscar comentó:

—¡Hala!, ha hecho una paloma.

Eulogio Macarrón, el policía municipal, se quitó la gorra y se rascó la frente.

—Pero ¿qué ha hecho usted con la antorcha?

—No era una antorcha sino una espada.

—Me da igual, usted quiere meterme en un lío. ¡Ay!, como se enteren mis superiores... Me veo de nuevo de marinero.

El ulular de una sirena lejana se fundió con las risas de Hugo, que chapoteaba en el agua. De repente, su pie tropezó con un objeto duro y metálico. Metió la mano en el agua y sacó una pistola enorme. La empuñó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Arriba las manos!

Eulogio al verlo, se pegó un susto de muerte.

—Niño, dame ese revólver. ¡Vaya, hombre, lo que faltaba! ¿De dónde lo has sacado?

Hugo se asustó un poco al ver la cara del policía, y le entregó el arma.

—Lo he encontrado en el fondo del estanque —dijo—. Será para mí, ¿no?

Eulogio observó el arma con detenimiento y dijo:

—Aún no está oxidado. Algunos maleantes deben haberlo tirado al agua recientemente. No es el primero que aparece en un estanque. Habrá que enterrarlo en la comisaría.

La sirena del coche de policía, estacionado en la calle que bordeaba al parque, casi tapó sus palabras. Dos policías de uniforme marrón se aproximaron al estanque.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el más joven de los dos.

Y se dirigió al guardia municipal.

—¿Le han atacado?

—¿A mí? De ningún modo —respondió Eulogio—.

—¿A qué viene tanta sirena?

—Es que nos ha llamado una señora muy excitada para decirnos que había movida en el estanque. Al verle como una sopa, hemos pensado que necesitaba ayuda. ¿Qué ha pasado?

El policía municipal carraspeó antes de que, a modo de excusa, contestara:

—Nada, que uno de los niños ha descubierto una pistola en el fondo del estanque. Precisamente, íbamos a llevarla a la comisaría.

Los policías miraron el arma y, luego, a don Teófanos.

El más joven volvió a preguntar:

—¿Y este señor, quién es?

—El maestro de estos niños —dijo el guardia.

—Soy el maestro Ciruela.

—¿El que no sabía leer y puso una escuela? —preguntó el policía joven.

—No, ése era mi tío —contestó con sorna el maestro.

—El policía de más edad, que lucía unos galones dorados, cortó la broma.

—Los llevaremos a la comisaría para que entreguen el arma. Que nos acompañe también el niño que la encontró.

En ese momento, el policía joven reparó en la estatueta y dijo:

—¡Anda!, ¿qué ha pasado con la bandera?

—No era una bandera, era una lanza —aseguró el policía de los galones.

El maestro Ciruela, después de pensar en qué poco se fijan las personas en sus héroes, afirmó:

—Era una espada.

—Pues yo sólo veo una paloma —prosiguió el policía más joven.

—Y yo —aseguró el mayor—. Pero vamos a la comisaría cuanto antes.

El coche se marchó con su insistente sonido de sirena loca y con Eulogio, don Teófanos y Hugo, que iba más contento que un mono en un puesto de cacahuates. Los niños, con Víctor al frente, decidieron que no volverían al colegio, sino que se dirigirían hacia la comisaría para no quedarse fuera del juego, convencidos de que tenían que haber ido todos. Claro que hubiese hecho falta un autobús.

El comisario observó el revólver con detenimiento y dijo:

—Menos mal que lo han encontrado ustedes. Pudo haberlo hallado un delincuente. Seguramente lo habrán tirado hace un par de días, después del atraco a la joyería que hay enfrente del parque.

Apuntó en un papel la marca y el número de serie del revólver, hizo una seña a un policía de uniforme que, sobre gordo, tenía aspecto de cansado, y le ordenó:

—A ver, Ortega, que comprueben con el ordenador a quién pertenece esta arma.

Al cabo de un buen rato, durante el cual el comisario les dio una conferencia sobre inseguridad ciudadana y sobre lo indigestas que son las palomitas de maíz, apareció el policía Ortega con el papel en la mano.

—Señor comisario, debe de estar averiado el ordenador central porque nuestro Terminal no admite los datos.

—Vaya, hombre, siempre igual. Está bien, que lo compruebe manualmente el cabo García.

En un santiamén estaba de regreso Ortega.

—Dice que pertenece a un policía municipal llamado Eulogio Macarrón del Botijo, señor comisario.

El comisario, con cara de suficiencia, dijo:

—¿Lo ven? Algún pobre guardia al que le han robado su arma reglamentaria.

Al guardia Eulogio le subieron los colores, tosió y confesó nítidamente.

—Eulogio Macarrón soy...soy...yo.

El comisario lo miró como alucinado.

—¿Usted? ¿Y cómo pudo perder su arma?

Eulogio le dio la vuelta a su gorra hasta marearla.

—Debí de perderla cuando me encontraba dentro del estanque..., cuando resbalé.

—¿Qué hacía usted dentro del estanque?

—Daba una clase sobre barcos.

El comisario se puso de pie de un brinco.

—¿Barcos? —le entregó la pistola y continuó—.

¡Fuera!, váyanse antes de que los encierre.
¡Barcos...!

Cuando Eulogio Macarrón, don Teófanos y Hugo iban a abandonar a toda prisa el despacho, el comisario, al que el policía de los galones dorados había musitado algo, los llamó:

—¡Un momento!, ¿qué me dicen de la transformación de la espada de la estatua en paloma?

Don Teófanos esbozó su sonrisa más beatífica, se

acercó al comisario y le dijo:

—Comisario, ¿no cree preferible que un héroe luzca en su mano no una espada, signo de guerra, sino una paloma, como símbolo de paz?

El loro asomó la cabeza por el bolsillo de don Teófanos y gritó:

—¿Y por qué no un loro?

El comisario elevó las cejas hasta que le tocaron el pelo y les ordenó con un gesto que abandonarían la comisaría.

El maestro Ciruela, el guardia Eulogio y Hugo caminaron por la calle rodeados por los niños, que los aguardaban a la puerta de la comisaría.

El comisario, solo ya en su despacho, cogió un folio immaculado, lo dobló cuidadosamente y construyó una pajarita de papel, una paloma blanca, que colocó sobre su mesa. Quedó mirándola complacido y sonriente.

Entre tanto, el loro, encaramado en el hombro de don Teófanos, gritaba en todas direcciones:

—¿Y por qué no un loro, y por qué no un loro...?

Colorines

Don Onofre paseaba con nerviosismo por su despacho. Don Teófanos, sentado junto a la mesa del director, lo miraba socarronamente, con una sonrisa que podría parecer de suficiencia o burla, pero que, a todas luces, se veía que era de afecto.

—Mire, don Teófanos, sé que para usted no tiene importancia, que incluso le parece divertido y justificable, pero su acción constituye una falta muy grave.

El maestro Ciruela arrugó su crecida nariz y respondió con naturalidad:

—No sé por qué. La fachada del colegio necesitaba que se pintase. Estaba hecha un asco.

—De acuerdo, pero ésa no era una decisión que debía tomar usted por su cuenta. Y menos, llevarla a cabo con sus alumnos durante el fin de semana. Tenía que haber contado conmigo. Creo que estoy aquí para algo, ¿no?

—¡Ah!, bueno, si hubiese sabido que le apetecía pintar, le hubiese avisado.

El director pegó un bote y se le encendieron las mejillas.

—A mí qué me va a apetecer pintar, estaría bueno. Cómo se me iba a ocurrir el desatino de estropear la fachada del colegio pintarrajeándola de esos extravagantes y repelentes colorines.

—No son colorines —argumentó el maestro, doliendo—, son colores. Colores vivos y alegres, que han cambiado el aspecto anticuado y triste de este centro. Además, están los murales de los niños, y no irá a decirme que son una mamarrachada porque soy capaz de pegarle un mordisco.

Don Onofre lo miró con miedo, como si el maestro se hubiera convertido en caníbal, aunque la sonrisa seguía dibujada en su cara.

—No, en eso lleva razón —dijo—, los murales son magníficos; pero no justifican su falta. Antes de tomar la iniciativa, debería habérmelo solicitado, yo lo habría hecho al inspector, el inspector a la delegación, la delegación al gobierno autonómico, el gobierno autonómico al ministerio... Así de sencillo, y siempre por escrito y con la correspondiente póliza. ¡Y despierte, don Teófanos!

—Si estoy despierto...

—Se estaba durmiendo, lo he visto. A ver, dígame, ¿de qué le hablaba?

—Del ministerio.

—Así es, del ministerio, al que voy a dar una queja de usted antes de que desde él me reprendan.

Don Teófanos se levantó con cara de pocos amigos y cogió el teléfono que había sobre la mesa del despacho.

—Con que esas tenemos, ¿eh? Pues, muy bien, aquí tiene el teléfono, hágalo. No crea que me asusta.

Pero, cuando iba a entregárselo, el aparato se puso a repiquetear.

—Dígame —contestó el maestro—. Sí, está aquí. ¿Quién le llama? ¡Ah!, del ministerio. Tome.

Y entregó el auricular a don Onofre, que se puso pálido y argumentó:

—¿Ve? —y tapó el micro—. Si yo sabía que tendría... Aún no son las diez de la mañana y ya se han enterado. Dígame. Sí, soy yo.

¡Ah!, sí. Precisamente iba a pasarles un informe... No, a causa de la pintura de la fachada del colegio. ¿De eso querían hablarme? Lo suponía. ¿Felicitarme? ¿A mí? Ha quedado bien, ¿verdad? Estaba haciendo falta. Sí, sí, muy alegre, lleno de colorido. También los murales. Bien, pues me alegro de que les haya parecido una buena idea. Muchas gracias, muy agradecido. Sí, se lo transmitiré a los niños. Adiós, adiós...

El director carraspeó, tosió, se rascó la cabeza y añadió:

—¿Tiene un chicle, don Teófanos?

—Un chicle no sé, pero si quiere lo invito a un bocadillo de calamares.

—Prefiero el chicle.

Cogía la pastilla que le tendía don Teófanos, después de que éste hubiera rebuscado en sus bolsillos, cuando se abrió la puerta y la señora Tomasa entró como una exhalación. En esta ocasión ni se acordó de dar la vuelta para llamar. Traía un periódico en la mano y daba la impresión de que se había chiflado.

—Mire, señor director, hasta con fotografía.

—¿Qué sucede, señora Tomasa? —preguntó, sorprendido, don Onofre.

—En el periódico dicen maravillas sobre el nuevo aspecto del colegio. Dicen que así tendrían que pintarse todas las escuelas. Lea, lea.

Y le puso el periódico delante de las narices, con tanto ímpetu, que casi hace que se lo trague. Y el director leyó y leyó hasta que se supo de carrerilla la noticia, lo mismo que si se tratase de la lista de los reyes godos.

Cuando el maestro Ciruela llegó a su clase, se le notaba rebosante de orgullo y de euforia por el éxito logrado con su idea de remozar la fachada del colegio. Los niños, que también se hallaban felices porque habían tirado de brocha a placer, esperaban algún comentario lisonjero por parte de don Teófanos. Pero sólo comentó:

—Niños, el ministerio ha encargado al director que os felicite por vuestro trabajo de pintura. También ha sido noticia en el periódico. Bien —se ajustó la corbatita al cuello y continuó—, comenzaremos nuestra tarea.

Antes de que pudiera añadir algo más, Oscar se levantó de su asiento y recitó:

—Verbo *reír*. Modo indicativo, presente: yo río, tú ríes, él ríe, nosotros reímos, vosotros reís...

La carcajada de sus compañeros fue estruendosa. Oscar se puso encarnado, miró a don Teófanos, como si pídiera socorro, y se excusó:

—Es que me dijeron que usted había ordenado que al comienzo de la clase conjugara el verbo *reír*...

El maestro era el único que no reía. Sus alumnos estaban convencidos de que era inevitable la regañina por su broma a Oscar, pero se equivocaron.

—Muy bien, Oscar, creo que, siguiendo mis instrucciones —y lo recalco—, has aprendido el verbo *reír*. He querido que lo recitases para comprobar si

bastaba un día para aprender un verbo completo. Como estoy seguro de que lo sabes íntegramente, el resto de tus compañeros podrá hacer igual. De modo que mañana todos tendréis que conjugar el mismo verbo.

Las miradas de la clase convergieron en Víctor, que, sin duda, debió de ser el inspirador de la broma. El chico no sabía dónde meterse. Así que se arrugó y se escondió debajo del pupitre, como si hubiese perdido las ganas de gastar bromas y las estuviese buscando.

El maestro Ciruela continuó su tarea sin mayor preocupación. Habló a sus alumnos de la importancia del trabajo en equipo, por lo que dispuso que se distribuyesen en grupos, a su buen criterio. Al rato, preguntó:

—¿Qué, os habéis agrupado todos por equipos? —aunque la respuesta fue afirmativa, insistió—. ¿Alguien ha quedado sin agrupar?

Oscar levantó la mano con timidez. Don Teófanos con la frente fruncida y con la contrariedad reflejada en el rostro, dio un barrido visual sobre su clase.

—¿Puede saberse el motivo? —interrogó, aunque daba la imagen de quien pregunta algo cuya respuesta conoce de antemano.

Ningún equipo me ha querido.

—¿Por qué? —insistió el maestro a su clase.

Pero sólo obtuvo silencio y miradas bajas como contestación.

—Os lo diré yo entonces. Porque no os gusta, porque es un sabiendo y un *pelota*. Es así, ¿no? No lo neguéis, os lo he dicho en más de una ocasión —los

niños bajaron la cabeza e incluso pareció que se oyerá algún débil sí—. Cada uno es lo que es porque normalmente, no ha tenido oportunidad de ser de otra manera, o más claro —dicho esto, se irguió sobre la punta de sus zapatos y se balanceó—. De acuerdo, es vuestra voluntad y yo la acepto.

Los niños no dijeron nada ni se movieron, pero sintieron la sensación de que sus razones eran comprendidas y compartidas por el maestro, que prosiguió:

—Y puesto que Oscar no es aceptado por vosotros ni yo puedo imponeros que lo aceptéis, voy a resolver vuestra situación: expulsaré a Oscar de la clase y de la escuela. Así, la mayoría poderosa, que sois vosotros, quedará satisfecha.

Oscar se pegó un susto de muerte. Sintió de repente un frío horrible y se le empañaron los ojos. Sus compañeros se miraron tan sorprendidos como él, atónitos. Luego, miraron a don Teófanos con sorpresa y miedo. Pero él no pareció darse cuenta, porque insistió:

—Sea vuestra voluntad.

Las miradas se cruzaron de nuevo, aunque no abiertamente, sino con cierto reparo. Se hizo un silencio terrible. Una mosca cruzó sobre las cabezas y su aleteo se oyó como si fuera el zumbido de un helicóptero. Al fin, Víctor se levantó con timidez.

—Y digo yo... que no ha hecho nada malo —musitó, y añadió—. Si quiere puede pertenecer a mi equipo.

—No quiero sacrificios, está resuelto —afirmó con decisión el maestro Ciruela.

La clase se convirtió en un palmeral en días de viento: palmas y dátiles se agitaron con insistencia.

—En el nuestro, en el nuestro... —vocearon los niños.

Don Teófanos fijó la vista en ellos y, luego, fue paseándola por el aula. De repente, cogió el borrador de la pizarra y lo lanzó hacia sus alumnos. Ellos creyeron que se había trastornado por el enfado, y se guarecieron bajo las mesas.

—¡Le he dado, le he dado! —gritó el maestro, lleno de júbilo—. Me he cargado la mosca.

Los chavales asomaron las cabezas no muy convencidos de que el peligro hubiera pasado. Don Teófanos continuó:

—Está bien. Puesto que cada cual lo quiere en su grupo, que sea Oscar quien elija.

—Yo le dije primero —dijo Víctor.

—En ese caso, que forme parte de tu grupo, si está conforme.

Oscar no sólo estaba conforme sino encantado. Sus compañeros de las mesas próximas le palmearon la espalda como si fuese el triunfador en una difícil prueba, mientras don Teófanos esbozaba una sonrisa pícaro y de complacencia. Sus alumnos creyeron que iba a felicitarlo, pero sólo dijo:

—Alcanzadme el borrador. ¡Jo, que puntería!

Batalla campal

Era sábado. Sábado libre de ocupaciones porque no había clase ni tareas, ya que don Teófanos no era amigo de deberes. Raramente los ponía. Decía que llevar trabajo a casa resultaba tan absurdo como si los niños llevaran al colegio la cama, el televisor o a la abuelita.

Víctor, César, Lucas y Luis iban de paseo, cuando se encontraron con Yolanda, Marga y Josefina, que de fina sólo tenía parte del nombre, porque era redonda y maciza como una canica y con más fuerza que tres chicos juntos.

—¿A dónde vais? —preguntó Yolanda con la vista puesta en el balón que portaba Luis.

—A entrenarnos un poco —respondió Lucas.

—¿Por qué no vamos al patio del *cole* y jugamos al baloncesto?

Los chicos cruzaron miradas de indecisión y fastidio, quizá para darse importancia. No obstante, Víctor dijo:

—Bueno, podemos jugar chicos contra chicas.

—No vale —protestó Marga—, seríais cuatro contra tres.

—Os damos a Lucas —propuso Víctor.

A Lucas no le gustó que lo dieran como si fuese un polo de fresa.

—¡Narices! ¿Y por qué no a tí, o a Luis o a César?

Lo echarían a suertes, resultaba lo más equitativo. Las niñas reían pensando lo estúpidos que son los hombres, incluso desde pequeños.

Cuando llegaban al colegio, vieron a Mari Luz, que venía de él.

—Ya somos cuatro contra cuatro —dijo Lucas, a quien parecía que no ilusionaba demasiado la posibilidad de formar parte del equipo de las chicas.

Mari Luz parecía excitada, pues se les acercó corriendo, como si hubiese encontrado a sus salvadores.

—Venid, rápido, veréis lo que han hecho con nuestros murales —y sus palabras estaban cargadas de enfado.

La banda corrió hasta la valla en que habían hecho sus magníficas pinturas. Se quedaron sorprendidos cuando descubrieron que a las simpáticas caras les había crecido bigote, que las narices se habían convertido en tomates, que en los paisajes coloristas habían brotado manchas oscuras como una marea negra.

—¡Desgraciados! —gritó Víctor, lleno de indignación.

Pero lo que más les fastidió fue la gran pintada que decía: "INVECILES".

—Encima no saben escribir —dijo Lucas—, imbéciles se escribe con b y con hache. ¡Qué burros!

—Sin hache —corrigió Marga.

—¡Qué más da! —cortó Víctor—, lo que importa es quién lo ha hecho.

Todos consultaron con los ojos a Mari Luz, pero la niña se encogió de hombros. Así que dirigieron sus

investigaciones hacia un grupo de niños que jugaban en un solar próximo.

—Nosotros no sabemos nada. Además, no somos chivatos —dijo un chaval pecoso y con cara de pocas confianzas.

—¿Seguro? —preguntó Luis.

—Seguro —reafirmó el de pecas.

Víctor se metió la mano en el bolsillo y, más práctico, ofreció:

—Diez canicas.

Los chavales se fijaron con interés en las bolas de vidrio, pero el que llevaba la voz cantante insistió, aunque con menos energía.

—De verdad, no sabemos nada...

—Y cinco chapas —añadió César, que se había percatado del juego.

—Y este montón de cromos —continuó Yolanda.

Pronto supieron que los responsables de la trastada eran unos chicos de otro colegio de la misma barriada, con el que había cierta rivalidad a causa de los campeonatos de fútbol y de baloncesto.

—Sé dónde suelen estar. Vamos a buscarlos y les daremos una lección —dijo Lucas.

—Eso, se van a enterar —apoyó Josefina.

No les resultó difícil localizarlos. Jugaban un partido en un descampado que habían improvisado como campo de fútbol. Al verlos aparecer, los chicos se echaron a reír, pero no interrumpieron su juego.

—Vamos por ellos —dijo Lucas.

Estaban llenos de rabia y decisión. Pero existía un pequeño inconveniente: sus rivales los duplica-

ban en número.

—Sólo somos ocho —puntualizó Marga con prudencia.

—Y qué importa —insistió Lucas.

Se dirigieron hacia ellos con resolución. Los otros se dieron cuenta de la maniobra, detuvieron el juego y, como puestos de acuerdo, comenzaron a tirarles piedras. La pandilla, cogida por sorpresa, tuvo que retroceder, pero pronto los imitaron y aquello se convirtió en una batalla campal en la que las piedras iban y venían como golondrinas asustadas. Una lluvia de piedras en la que se adivinaba quiénes llevarían la peor parte.

Poco a poco, Víctor y sus amigos perdieron terreno, acosados por sus más numerosos atacantes. Lo peor es que habían quedado acorralados contra la tapia que limitaba el solar. Se sentían perdidos a pesar de que parecían máquinas de tirar piedras. Sobre todo, Josefina, que daba la impresión de que le habían crecido los brazos de un pulpo. Lucas era el más lento, pero el más seguro. Cada piedra que lanzaba hacía que un contrario diera marcha atrás. Sin embargo, el asunto se había puesto muy feo. Empezaron a sentir miedo de que las piedras dejaran de ser simples amenazas y se convirtieran en algo más real y dañino.

De repente, cuando se veían totalmente perdidos, repararon en que algunas de sus propias piedras eran gigantescas y rojas y en que iban dirigidas con tal precisión, que siempre daban en el blanco. Tan sorprendidos se encontraban, que dejaron de apedrear a sus contrarios. Pero la lluvia de pedruscos continua-

ba. No, no era ninguno de ellos quien los arrojaba, venían del otro lado de la tapia.

Vieron con horror cómo los chicos atacantes comenzaron a sangrar y a retroceder. Lo extraño era que igual que teñían de rojo en la cabeza que en la camisa o en el trasero. Entonces se dieron cuenta de que no eran piedras sino... ¡tomates!

Sus contrincantes no recibían daño alguno, pero los estaban poniendo hecho un asco, como si se hubieran bañado en mermelada de fresa. Pronto empezaron a replegarse frente a aquel ataque inesperado que creían que procedía de sus perseguidos. Dejaron de lanzar piedras y sólo se ocuparon en sacudirse la pulpa roja que los pringaba. Finalmente, como si hubiesen recibido una orden, escaparon a la carrera.

Los chicos lanzaron un grito de alegría por su triunfo. Después, se encogieron de hombros.

—¿Quiénes habrán sido nuestros salvadores? —preguntó Marga.

Algunos del *cole* —supuso Víctor—. Vamos a averiguarlo.

Bordearon apresuradamente la tapia, pero cuando llegaron a la parte posterior no encontraron a nadie. Sólo unas bolsas vacías con restos de tomate.

—No es posible que hayan desaparecido tan de prisa. Parece cosa de magia —dijo Luis, “ciempiés”.

—Sí, es imposible, tendrían que tener alas. A mí esto me mosquea —afirmó Víctor.

Mari Luz se rascó la cabeza y dijo:

—Tengo una idea. Aquí al lado hay una frutería. Seguramente habrán comprado en ella los tomates.

Vamos a preguntarlo.

La frutera los observó como si estuviesen chiflados. Al fin, respondió:

—Los compró un señor al que nunca había visto por el barrio. Sólo sé que tenía una pinta rarísima, algo de lo más extravagante. Otro pirado como vosotros. Le iba a escoger los mejores tomates, pero me dijo: “No, no, póngame los más estropeados”. Si es que hay cada tipo suelto...

Cuando los niños consiguieron localizar al maestro Ciruela, se hallaba leyendo un libro, con el loro posado sobre el hombro y abierta la sombrilla.

—¡Hola, niños! Hace un buen día, ¿verdad? ¿Qué los trae por aquí?

—Queremos darle las gracias —contestó Yolanda.

—¿Las gracias, por qué? Si aún no he dado las notas.

—Por los tomates —dijeron a coro.

—¿Tomates? —preguntó don Teófanos con cara de extrañeza.

—¡Tomates, tomates! —repitió el loro.

—Hemos preguntado en la frutería —afirmó Josefina con fuerza.

El maestro cerró el paraguas y lo clavó en la tierra. Luego se encaramó sobre él como si fuera un equilibrista, y se ajustó el bombín con una palmada.

—No os basta con que os ayuden, tenéis que llegar hasta el final, ¿eh? Bien, jamás habría intervenido en vuestros asuntos. Si lo hice, fue porque os encontrabais en muy desfavorable minoría. De esto, ni una palabra. Si alguien os pregunta, diréis que ha sido Lucas.

Lucas abrió los ojos de par en par.

—¿Yo? Claro y ellos me zurran.

—Pues decid que ha sido el hombre invisible. De todos modos, vuestro comportamiento me ha parecido vergonzoso. Ni que fuerais salvajes. Puestos a hacer el animal, podríais haberla emprendido a tiros —y alargó su mano con el índice, apuntándolos— sí, sí, a tiros. Hubiese sido más divertido, como en esas instructivas películas que ahora os alucinan. No, si los rusos y los americanos van a parecer pacifistas a vuestro lado...

Los niños agacharon la cabeza avergonzados ante el rapapolvo de don Teófanos. Víctor, al fin, se encargó de justificarse.

—Es que han estropeado nuestros murales del colegio...

El maestro, de un brinco, bajó del paraguas.

—¿Qué han estropeado los murales?

—Sí, los han pintarrajeado —dijo Luis con timidez.

Los ojos del maestro Ciruela comenzaron a girar en sus órbitas como si les hubiesen dado cuerda. Se quitó el sombrero y le dio un mordisco.

—Esto van a pagarlo. Les daremos un escarmiento, un escarmiento ejemplar.

—Pase usted, don Teófanos —dijo el director, con cara de pocos amigos.

El maestro esbozó una inocente sonrisa y puso la expresión que si le fuese a contar un chiste sobre el ministro.

—¿Qué desea don Onofre?

—Usted sabe de sobra lo que deseo.

—Pues no... ¿Acaso una nueva felicitación por la fachada?

El director se agarró con fuerza al borde de su mesa, como si pretendieran quitársela.

—¿Felicitación? ¡Escándalo! En el colegio vecino ha ocurrido algo terrible. Durante este fin de semana alguien ha tapiado la puerta. Cuando esta mañana han llegado los profesores y alumnos, como la fachada es tan uniforme, nadie encontraba la entrada. Menudo lío se ha organizado. Han tenido que llamar a los bomberos.

El maestro Ciruela soltó una carcajada y dijo:

—¿Y eso le parece terrible? A mí me parece muy divertido. No encontraban la entrada...

Y se partía de risa. El director, que lo miraba fijamente, empezó también a reír, pero se dio cuenta de que perdía su aspecto severo y se puso muy serio.

—Sí, es horrible. Y sospecho, don Teófanos, que usted sabe algo de esta pesada broma.

—¿Yo? ¿Por qué he de saberlo?

—Me han llegado noticias de que ha sido una represalia porque alumnos de ese colegio habían estropeado los murales del nuestro.

—¿Qué han estropeado nuestros murales? Me extraña.

El director levantó la mano como si fuese a pegar un puñetazo en la mesa, pero terminó por pasársela por el cabello.

—Vamos a comprobarlo —dijo, y salió seguido del sonriente maestro—. Como sea cosa suya, haré que lo expulsen.

Cuando llegaron ante los murales, los encontraron intactos, igual que el primer día. Don Onofre se rascó la cabeza y dijo:

—Perdóneme, me han informado mal. No puede uno fiarse de lo primero que le dicen.

Entonces, metió la mano en el bolsillo, sacó algo y añadió:

—Tome, hoy los chicles los pongo yo.

Don Teófanos llegó muy sonriente a su clase. Los niños trabajaban en equipo, como era ya habitual. Miraron al maestro de reojo esperando que hiciese algún comentario sobre su contento, pero no dijo nada. Reanudó la clase como si tal cosa. Sólo al rato, llamó aparte a Lucas y le dijo de modo muy confidencial:

—Ve al servicio y lávate bien las manos: las tienes aún manchadas de pintura.

Oscar

Oscar, serio y meditabundo, paseaba por una de las calles de barrio. Se le notaba cierta tristeza, que no podía disimular. De repente, una mano amiga se posó sobre su hombro con afecto.

—Buenos días, don Teófanos —dijo sin apenas levantar la vista.

—¡Hola, Oscar! Llevas más de una semana sin aparecer por clase. Y por lo que veo, no estás enfermo.

El niño lo miró suplicante, pidiendo más tolerancia que aceptación frente a su excusa:

—Es que no he podido... Se habrán chivado en clase de que no estoy enfermo.

—No, nada me han dicho. Entre otras razones, supongo que porque no he preguntado.

Esta respuesta parece que tranquilizó a Oscar.

—Por asuntos familiares, ya sabe —dijo sonriente—. Pero pronto volveré.

El maestro Ciruela no pareció que quedase convencido con su contestación. Lo miró con desconfianza y dijo:

—Creo que no eres sincero, Oscar. Dime la verdad de lo que te sucede.

El niño bajó los ojos y la voz.

—Es que mis padres discutieron y mi padre se ha marchado de casa.

Es maestro dio un respingo.

—¡Caramba!, eso es serio —dijo—. ¿Y crees que volverá?

—Creo que no, estaba muy decidido.

Se produjo un silencio largo, casi como una clase aburrida. Don Teófanos hizo que su sombrilla diese vueltas en su mano como el asa de un ventilador. Al fin, Oscar preguntó:

—¿Qué puede hacerse en estos casos?

El maestro se quedó pensativo. Luego, echó a andar y dijo:

—Demos un paseo. Mira, yo sólo soy un maestro y no soy capaz de aconsejarme ni a mí mismo. Así que guardaré los consejos. No obstante, quiero decirte que algunos matrimonios descubren que no se entienden y optan por la separación. No es grato, pero sí superable. ¿Quieres un caramelo? Son malos para la dentadura, pero, ¡recórcholis!, están riquísimos.

Oscar cogió el caramelo y, mientras le quitaba el papel, comentó:

—Mi padre se quedó sin trabajo porque quebró su empresa. Estuvo buscando pero no encontró nada. Estaba desesperado. Entonces, mi madre lo propuso que, como vivimos en una planta baja, pusieran una tienda, pero mi padre se negó. Como ya había dejado de cobrar el seguro del paro y no entraba dinero en casa, mi madre insistía en lo de la tienda. Mi padre decía que es delineante y que sólo sirve para eso, no para tendero. Yo los oí discutir varias veces. Un día, mi padre, que estaba muy nervioso, se marchó —calló un momento y añadió—. ¿Por qué algunas personas se quejan de que tienen demasiado trabajo

y otras, en cambio, no tienen ninguno? No es justo.

El maestro Ciruela le dio la vuelta a la sombrilla y golpeó una piedra con el mango, como si jugase al golf, antes de contestar:

—No lo es. Creo que se debe a que estamos un poco chalados —hizo una pausa y continuó—. ¿Y ahora cómo piensa arreglarse tu madre? ¿Insiste en abrir la tienda?

—Qué va, hace falta dinero para preparar el local y para las mercancías. Está buscando trabajo.

—Bueno, pero tú no vas a ayudarle faltando al colegio.

Oscar se detuvo. Parecía que no encontraba una justificación razonable que ofrecer al maestro.

—Si voy al *cole*, los niños me preguntarán, en los barrios todo se sabe. No soportaría sus burlas.

A don Teófanos no debió hacerle gracia el argumento, porque se revolvió como si le hubiesen picado el amor propio.

—Los niños sois a veces crueles con los demás, pero no tanto, ¡caramba!

—Además —añadió Oscar—, pienso ayudar a mi madre. Quiero entrar de repartidor en una tienda.

Don Teófanos se quitó el bombín y lo estrujó con rabia, como si fuera un trapo usado.

—Claro, tú de repartidor y a mí que me parta un rayo. No te fastidia...

—Bueno —terció el niño—, no se ponga así, cuando pueda, iré.

El maestro adoptó un aire autoritario, algo des-acostumbrado en él, y respondió:

—Cuando puedas no, irás mañana. O te llevaré de

una oreja. Estaría bueno... Ya se lo explicaré a tu madre.

Oscar sonrió y movió la cabeza.

—No hará falta. Iré pasado mañana, se lo prometo.

—A mí no tienes que prometerme nada. Prométeselo a "Pajarito", él te pedirá cuentas si nos fallas —dijo señalándose la nariz.

El loro asomó la cabeza por el bolsillo del maestro Ciruela y gritó:

—¡Prrr... ometido, prrr... ometido!

Y sonrientes, echaron a andar calle abajo.

Don Teófanos dio varios paseos, miró a sus alumnos y dijo:

—Lo más importante entre amigos es la solidaridad, ¿no es cierto?

Los niños estaban vivamente interesados por lo que el maestro prometía contarles, lo reflejaban en la cara. Parecía, incluso, que tenían ganas de preguntar, pero ninguno se atrevía. Así que don Teófanos continuó:

—Oscar tiene que hacer unas reparaciones en su casa, reformar y acondicionar unas habitaciones. Más concretamente, transformarlas en tienda. Como es lógico, os intrigará el motivo, pero lo que voy a explicároslo. Se trata, simplemente, de razones económicas: en su casa necesitan un nuevo sistema de vida. Hay otras, pero son personales y no nos incumben, aunque sospecho que algunos ya las conocéis. Creo que va a necesitar ayuda.

Don Teófanos pasó una mano por encima de su

cabeza y se agarró la oreja del lado contrario, en una pose hasta entonces desconocida, y prosiguió:

—¿Qué opináis?

Víctor se levantó de un salto y dijo con decisión:

—Yo estoy dispuesto, haré lo que haga falta.

De inmediato se formó una algarabía impresionante. Todos los alumnos hablaban a la vez. No había forma de enterarse con aquel revuelo, pero don Teófanos no se inmutó, esperó a que se cansaran, y cuando se hizo el silencio, dijo:

—Muy bien, créo que entre todos podremos ayudarle. ¿Hay alguien que se niegue a colaborar? —dobló un brazo, se acarició el bíceps y añadió sonriendo—. Mejor para él.

Los niños rieron, mientras el maestro se hinchaba como un pavo, lleno de orgullo.

Había llegado la hora del recreo y, sin embargo, nadie se había dado cuenta.

—El trabajo tendremos que hacerlo fuera del horario del colegio, sobre todo en los fines de semana. Creo que os resultará fácil; hay mucho por pintar, pero en eso ya tenéis bastante práctica. Además habrá que tapiar algún hueco, en lo que algunos también tenéis experiencia —dijo con un guiño pícaro.

Oscar, al día siguiente, se incorporó a la clase y todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, lo trataron como siempre. Incluso algunos de sus compañeros le llamó *pelota*. Nada había cambiado; sin embargo, en el ambiente flotaba un espíritu de camaradería y solidaridd.

Día a día, la casa de Oscar se fue transformando; en especial, los fines de semana que transcurrieron

hasta que quedó totalmente terminada la obra de decoración. Había quedado un local muy atractivo, con las paredes de tonos suaves y armoniosos, en las que destacaban las estanterías, realizadas con tabloncillos de madera pintados con colores tan atrevidos como diferentes, pero que no desentonaban. Por el contrario, le daban al conjunto un aire joven, vivo y vigoroso.

Los tabloncillos los habían conseguido en una carpintería del barrio a cambio de limpiar de virutas y serrín todo el local. Fue un negocio que propuso el maestro Ciruela al dueño de la carpintería. ¡Menuda mañana de sábado se pegaron! Aunque fue don Teófanos quien más trabajó. Sin embargo, no pareció que le afectase, pues se pasó todo el tiempo cantando y haciéndolos reír. Les contó no menos de un centenar de chistes.

Lo más espectacular de la tienda era la fachada, que, con tantos colores y los murales, parecía una sucursal del colegio.

Cuando creyeron finalizada su obra, tuvieron que volver a pintar el gran cartel que anunciaba el establecimiento porque Lucas, encargado de rotularlo, había escrito bazar con uve.

—Qué más da, la gente lo entiende igual —dijo muy convencido.

Ya sólo faltaba inaugurar la tienda. Y algo más, algo especial: las mercancías. Aquí residía el mayor inconveniente. La madre de Oscar había solicitado un crédito, pero no le habían concedido dinero suficiente.

—Si usted tuviese más capital, podríamos prestarle

mayor cantidad —le había dicho el director del banco.

Si tuviese más capital, no les pediría un crédito —fue la respuesta de la señora.

Don Teófanos, cuando lo supo, ofreció:

—No se preocupe, nosotros le ayudaremos.

La madre de Oscar se negó rotundamente.

Mire, don Teófanos, ya me opuse a que me decoraran el local, y si acepté, fue porque me di cuenta de la ilusión que hacía a los niños y de lo bien que iban a pasárselo con la brocha, pero esto es demasiado. No puedo consentirlo. Me niego. Prefiero abrir la tienda con pocas mercancías o no abrirla. No aceptaré ni una peseta.

—Está bien —dijo don Teófanos—, sólo será un préstamo. Cuando gane suficiente dinero, nos lo devolverá. Entonces, con ese dinero montaremos otro local para dar representaciones teatrales a los niños del barrio. Será nuestro taller de teatro y nuestro lugar de reunión.

La idea llenó de ilusión a los niños. Por eso, con no pocas dificultades, consiguieron convencer a la madre de Oscar, que puso como condición que se firmase un documento en el que se hiciera constar hasta la última peseta prestada.

—Pero, ¿cómo piensa conseguir dinero?

El maestro Ciruela sonrió, dio un par de vueltas al paraguas sobre su mango y respondió:

—Haremos una rifa, montaremos teatro en la calle y otros colegios, haremos pequeños trabajos..., no sé, ya nos la ingenharemos, ¿verdad?

La afirmación de los niños fue tan grande como su

entusiasmo, les salió un sí mayor que cuando les preguntaban si querían ir de excursión.

—¡A trabajar...! —gritó "Pajarito", que había sido espectador de primera fila y que, incluso, había aprendido a manejar el pincel con una pata y algo de ayuda del pico.

Al día siguiente, cuando se reunieron en clase, todos estaban pendientes del plan que deberían seguir para recaudar fondos. Don Teófanos no se anduvo por las ramas y fue derecho al grano.

—Empezaremos por una rifa.

—¿Y qué vamos a rifar?

—Un radio-casete, es lo habitual —propuso Mari Luz.

—Ya, ¿y de dónde sacaremos dinero para comprarlo? —argumentó Marga con bastante sensatez.

Don Teófanos la miró y se rascó la cabeza.

—Es cierto, tendremos que conseguir que nos libren en una tienda hasta que hayamos vendido las suficientes papeletas —dijo.

Todos miraron a Lucas porque su padre era propietario de un establecimiento de electrodomésticos. El niño se encontró frente a una situación complicada y comprometida.

—Bueno, se lo diré a mi padre... ¿Y si no vendemos las papeletas?

El maestro se indignó por la falta de fe en su capacidad de venta.

—¿Cómo que si no vendemos las papeletas? ¡Pobre del que le sobre alguna! Estaría bueno...

El padre de Lucas no sólo accedió, sino que les regaló el aparato y también se encargó de hacerles

las papeletas, que, por el reverso, llevarían un anuncio de su tienda.

Cuando de la imprenta llevaron los tacos de papeletas, la alegría de la clase se hizo explosiva. Todos pensaban vender un gran montón. Vamos, que les iba a faltar números.

En las papeletas ponía con letras enormes: "Gran sorteo pro fin de estudios".

—Nos pueden meter en la cárcel. Es mentira que sea para fin de estudios, nosotros no vamos a terminar todavía —dijo Hugo.

Don Teófanos, que era el autor del texto, no se asustó. Respondió:

—No decimos a qué fin de estudios nos referimos. Gracias a ello, Oscar podrá terminar sus estudios, ¿no?

El razonamiento fue aplastante. Si alguna duda existía entre los alumnos, quedó totalmente disipada.

—Sin embargo —continuó el maestro Ciruela—, sí hay algo que está mal: no hemos pedido permiso al director.

La contrariedad se reflejó en el rostro de los niños. Temían que su esfuerzo resultase baldío.

Don Teófanos cogió un taco de papeletas y fue a ver a don Onofre con tan terrible cometido.

Como tardaba en salir del despacho, los niños comenzaron a impacientarse.

—¿Qué estará pasando?

—Seguro que se niega. Vaya una faena —dijo Víctor.

César sonrió y guiñó un ojo antes de proponer:

—Si me aupáis, me asomaré por la ventana.

Todos se ofrecieron. Hacer de espías siempre es interesante, y más en un asunto tan vital como el que los inquietaba.

El ojo de César apareció en un ángulo de la ventana sin que don Onofre ni don Teófanos lo percataran.

—¿Qué hacen? —preguntó Hugo con ansiedad.

—El director está negando con la cabeza, mientras don Teófanos lo abanica con el taco de papeletas.

—¿Qué más?

—Ahora don Onofre se ha levantado, da la vuelta alrededor de la mesa y... ¡viene hacia aquí!

César cayó rodando porque todos los que lo sujetaban emprendieron una rápida huida.

—¡Gallinas! —chillaba sin parar de correr—. ¡Miedicas!

Cuando, al fin, el maestro Ciruela apareció, los niños observaron su cara seria, que sólo se movía al ritmo con que masticaba una pastilla de chicle. “¡Mal asunto!, ni siquiera trae las papeletas”, pensaron. Pero ninguno se atrevía a preguntar. Por fin, lo hizo Víctor.

—No lo ha convencido, ¿verdad?

Don Teófanos fijó en él sus ojos extrañamente inexpresivos, exploró un globo y, finalmente, contestó con una sonrisa:

—Claro que sí. Y además, le he vendido todo el taco de papeletas.

Persecución

El resultado de la rifa no pudo ser más satisfactorio. Lograron vender todas las papeletas, por lo que reunieron una gran parte del dinero que necesitaban para completar la compra de mercancías. El destino, que a veces es juguetón y travieso como un niño, quiso que el afortunado en el juego fuera Lucas. Aunque también puede que tuviera algo que ver la probabilidad, porque su padre era quien más papeletas había adquirido. Lo cierto fue que el radio-casete retornaba a su propietario. ¡Menos mal que el sorteo fue en combinación con la lotería nacional!, que si no, más de uno habría pensado que había habido trampa.

El padre de Lucas dijo que no podía aceptar un premio que él mismo había donado, así que regalaba el aparato para la clase. La noticia fue acogida con entusiasmo. Marcos “hacienda”, tuvo una idea:

—¿Por qué no lo volvemos a sortear? Con lo que sacásemos, podríamos comprarnos juguetes y chucherías.

Hay veces en que un abuceo resulta no sólo oportuno sino necesario. Y en esta ocasión lo fue.

Pero no sólo obtuvieron dinero con la rifa. Una obra de teatro, que tenían prácticamente ensayada, la representaron en el colegio, en otros y en un local que les cedió el Patronato de Cultura. Aunque la

entrada la cobraban a diez duros, sacaron un buen pellizco. Como eran expertos en pintura, también consiguieron que la Junta de Distrito les encargara el encalado de la valla del campo de fútbol de la barriada. Con todo esto y con otros pequeños trabajos, lograron reunir un buen fajo de billetes.

Cuando el trimestre tocaba a su fin, don Teófanos juntó una tarde a sus alumnos a la salida de clase y les habló:

—Creo que ya tenemos dinero suficiente. Con lo nuestro y con el crédito, la madre de Oscar podrá abrir su tienda. Así que iremos a entregárselo esta misma tarde.

Cerca de la casa de Oscar, el maestro se detuvo y, señalando a Hugo, dijo:

—El dinero le entregarás tú en nombre de todos.

Sonia, rubia, pizpireta y amiga de ser centro, protestó:

—¡Jo!, ¿por qué él?

—Porque Hugo es el más pequeño de la clase. ¡Ah!, y las protestas por escrito —respondió don Teófanos en plan de chunga.

Y entregó el sobre con el dinero al niño. Los demás se le acercaron atraídos por lo que para ellos constituía una fortuna y el premio a su esfuerzo. En medio del barullo, Hugo vio cómo el sobre desaparecía de su mano.

—Dadme el dinero —protestó—, tengo que entregarlo yo.

Todos rieron al ver su cara de enfado y siguieron la broma. Don Teófanos tuvo que poner paz.

—Está bien, devolvedle el dinero.

Pero nadie lo tenía.

—Dejaos de bromas —insistió el maestro.

En esto, observó que tres jóvenes de pinta extraña corrían hacia la boca del metro. Uno de ellos llevaba el sobre en la mano.

—¡Han sido ellos! —gritó.

Y salió en su persecución, con esa rapidez que lo caracterizaba. Pero fue inútil, los muchachos habían desaparecido por la boca del metro.

Los niños acudieron al lado de don Teófanos, con el miedo y la rabia dibujados en el rostro.

—Hay que perseguirlos —dijo el maestro Ciruela.

Todos querían ir.

—Sois demasiados, no tengo dinero para tantos billetes, y, además, perderíamos mucho tiempo en la taquilla. Acompañadme sólo unos pocos.

Irían Víctor, Lucas, Yolanda, Josefina, Mari Luz y César. Un equipo demasiado joven para enfrentarse a los tres delincuentes.

—De prisa, de prisa —apremiaba el maestro—, que no se nos escapen.

Cuando llegaban al andén, el tren anunciaba su partida con un pito ronco y cascado. Aún les dio tiempo de ver cómo los tres ladronzuelos se metían en uno de los vagones del centro. Ellos, sin dudarlo, los imitaron y entraron en tropel cuando las puertas comenzaron a cerrarse. El metro arrancó suavemente y ellos se asomaron por las ventanillas, llenos de ansiedad. Los viajeros observaban con atención a don Teófanos como si fuera un extraterrestre, tal vez por lo que de extravagante, extraordinario y extraño tenía su figura, y se dieron un susto cuando gritó:

—¡Se han bajado!

Así era, habían sujetado las puertas y saltado en marcha. Estaba claro que habían descubierto que los seguían. Ahora corrían por el andén.

El maestro no lo pensó y tiró de la alarma. El tren, que aún no había cogido velocidad y sólo estaba medio metido dentro del túnel, se paró en seco. El vagón en que ellos viajaban estaba fuera del túnel, por lo que don Teófanos intentó abrir las puertas. Pero era imposible.

Pasaron unos instantes, que se hicieron larguísimos, hasta que un empleado, que recorría el tren de vagón en vagón, llegó al coche en que ellos viajaban.

—Un chiflado que ha tirado de la alarma —dijo un señor de esos que todo lo saben, que todo lo juzgan, que siempre se equivocan.

—No hay derecho —protestó una señora de las que creen que los únicos derechos son los suyos.

El empleado se acercó a don Teófanos, a quien todos los viajeros miraban acusadoramente, y le advirtió muy enojado:

—¿No sabe que no se puede utilizar la alarma sin motivo justificado?

—Es que ellos se han bajado —respondió el maestro lleno de nerviosismo.

El empleado lo miró de arriba abajo y añadió:

—¿Y porque se han bajado ha tirado usted de la alarma? Ese no es motivo. Tendrá que pagar una multa.

—Es que nos ha robado nuestro dinero —gritaron los niños a coro.

—¿Mucho? —preguntó alguien.

—Sí, muchísimo.

Los pasajeros empezaron a hablar atropelladamente. Un señor se acercó al empleado y le dijo:

—Que les hayan robado sí que es motivo justificando.

—Lo es, lo es —vociferaron los restantes pasajeros. El empleado se acobardó.

—Bien mirado, sí es motivo. ¡qué caramba! —admitió.

—Tenemos que alcanzarlos. Tiene que abrimos las puertas.

El hombre de uniforme azul dudó, pero al fin dijo:

—No debería hacerlo, pero las abriré.

Desapareció por la puerta que comunicaba los vagones. Instantes después, el tren retrocedió lo andado y se abrieron las puertas. Se armó un revuelo increíble. Todo el mundo comentaba y preguntaba. Un hombrecillo delgado y con cara de cansado se acercó a don Teófanos.

—Yo los he visto bajarse. Los conozco, sé dónde viven, en una casucha abandonada en un descampado que hay a un kilómetro del final de esta línea. Avisen a la policía si quieren recuperar su dinero.

—Después, después —dijo don Teófanos—, cuando lleguemos al final de la línea.

El metro partió de nuevo con don Teófanos y los niños a bordo. Durante el viaje, el hombrecillo les dio toda clase de detalles para que pudieran localizar el refugio de los tres maleantes.

Cuando llegaron a la última estación, Víctor preguntó:

—¿Vamos a avisar a la policía?

—Ni hablar —contestó don Teófanos—, si avisáramos a la policía, vendría con sus sirenas y los ladrones escaparían. Recuperaremos el dinero nosotros.

Los niños no estaban muy convencidos ni se sentían con el suficiente valor, pero los animó la decisión del maestro.

Llegaron cerca de la escuela cuando ya había anochecido. Una débil luz escapaba por las ventanas del ruidoso edificio de una planta.

Don Teófanos se colgó el paraguas del cuello y se frotó las manos como si tuviera frío. Dijo:

—No habrá que esperar. Parece que ya han llegado. Deben de haber cogido un taxi. Mejor, mucho mejor.

Se subió los pantalones hasta casi el cuello, se rascó la cabeza y echó a andar muy silenciosamente. Los niños lo seguían con las piernas pesadas, a la vez que temblorosas. Las chicas se agarraban a la falda de Josefina, que no parecía tener miedo. Lucas, en voz baja, preguntó:

—¿Cogemos piedras?

Don Teófanos negó con la cabeza. Mari Luz se le acercó y le dijo:

Tengo una idea: regreso, busco un teléfono y aviso a la policía.

Pero en esta ocasión la idea no debió parecer muy luminosa al maestro Ciruela, que la rechazó con un gesto y siguió su marcha. Al fin se volvió y les dijo:

Vosotros haréis solamente lo que voy a explicaros.

Y les dio una serie de instrucciones, después de las cuales los niños se sintieron con la agresividad de un detective de serie barata de televisión.

Los tres rateros estaban sentados a una mesa vieja y destartada. Se alumbraban con una lámpara de butano y bebían unas cervezas, cuyos envases tenían más polvo que un paisaje de Almería. Uno de ellos contaba el dinero entre risotadas.

—Se ha dado bien el día, ¿no?

—Y además, facilón —dijo el otro.

—Con niños ya se puede —añadió el tercero.

—Mira quién fue a hablar, se pasa el día mangando al tirón el bolso a las viejas...

De repente, el cristal de una ventana saltó en mil pedazos y asomó la fea boca de un fusil, al tiempo que una voz recia y potente comentaba:

—¡Quietos donde estáis, y las manos bien altas!

Los tres maleantes dieron un brinco, dispuestos a refugiarse en cualquier rincón o a escapar; pero, acto seguido, las otras ventanas se rompieron con estrépito. Una voz potente y distinta de las anteriores sonó a la espalda de los delincuentes.

—¡Ay del que se mueva!

—¡Rendíos! —exigió alguien con energía.

El maestro Ciruela corría de ventana en ventana alrededor de la casa. Apuntaba con su paraguas y sacaba voces distintas como si se tratase de un gran imitador, mientras los niños, que ocupaban las ventanas, mostraban trozos de tubería que habían encontrado en los alrededores, pero que, en la oscuridad, parecían negras bocas de pistola. Daba la impresión de que un ejército de policías rodeaba la casa.

Los ladrones levantaron las manos y no se atreven a moverse, confundidos y asustados.

—¡Al suelo! —gritó don Teófanos.

Los maleantes obedecieron, y él cambió de posición y con otra voz muy dura añadió:

—No disparen, Rátigan.

En lo de Rátigan debió de inspirarse en alguna película policíaca, seguramente para impresionar.

Los tres jóvenes delincuentes se taparon la cabeza con los brazos, como si se protegieron de posibles disparos.

Don Teófanos sacó una voz autoritaria, de jefe, para ordenar:

—¡átalos, Rátigan!

Inmediatamente abrió la puerta de una patada y se introdujo en el interior de la casucha, provisto de unos rollos de alambre. Suerte tuvieron de que en los alrededores de la casa hubiera una especie de almacén de chatarra.

Ató al primero de los sorprendidos maleantes, que temblaba ostensiblemente. Cuando iba a repetir la acción con el segundo, éste se movió, como si tratara de defenderse. Una voz dura e inflexible partió de una ventana.

—Al que se mueva, lo frrr...ío

El loro era un gran dominador de la palabra y, por lo que se veía, también había aprendido el lenguaje de las películas.

El que intentó defenderse se había quedado como una estatua, por lo que el maestro Ciruela no tuvo dificultad en atarlo. E igual sucedió con el tercero.

Don Teófanos cogió el sobre con el dinero y, cuando lo contaba, el loro dio una volada y se posó sobre su hombro. Uno de los ladrones, al oír el aleteo,

intentó volver la cabeza, a pesar de que se encontraba boca abajo, pero el loro lo dejó petrificado cuando repitió:

—Al que se mueva, lo frrr...ío.

Don Teófanos apagó la lámpara y salió con rapidez de la estancia.

—Volvamos a casa —dijo a los niños—, ya tenemos el dinero.

Al llegar junto a la boca del metro, el maestro se metió en una cabina telefónica e hizo una llamada.

—¿Qué ha dicho el policía?

—Que parte un coche hacia acá.

Se tomaron un respiro junto a la entrada del suburbano. Al instante, empezó a oírse a lo lejos una sirena.

—Vamos al metro —dijo don Teófanos al oírlo.

Cuando salieron a la superficie en la estación de su barrio, los restantes niños de la clase estaban aguardándolos sentados en los peldaños de acceso.

—¿Qué hacéis aquí?

—Esperando —dijo llanamente Luis.

—¿Se ha recuperado el dinero? —preguntó Marga.

—Aquí está todo —contestó don Teófanos, a la vez que mostraba el sobre.

Un viva jubiloso escapó de la garganta de aquellos niños, ahora felices.

—Pero, ¿os habéis dado cuenta de la hora que es? Vuestros padres deben de estar alarmados.

Y no se equivocaba. Cuando divisaron el colegio, observaron que tenía las luces encendidas y había gente a la puerta. Allí estaban todos los padres, que, al descubrirlos, se pusieron a vociferar. Cuando se

acercaron, a quienes más chillaron fue al maestro Ciruela y a don Onofre, que también se encontraba allí, claro. Con el griterío apenas se entendía lo que decían, aunque de vez en cuando podía oírse:

—No hay derecho.

—Es intolerable.

—La culpa es del maestro.

El director acalló a todos y dijo:

—¿Ven, señores, como no pasa nada? Hicimos bien en no avisar a la policía. Ya se lo dije, estaban con don Teófanos.

—Esto no puede quedar así —chilló uno de los padres—. Hay que tomar medidas enérgicas.

—Sí, sí —apoyaron otros.

—Hay que pedir que el maestro sea expulsado —exigió una madre enloquecida—. No se puede tolerar que nos haya dado este susto. Creíamos que nuestros hijos habían sido raptados.

Don Onofre frunció el ceño y dijo:

—Señores, no saquemos las cosas de quicio. Esto no volverá a repetirse. Pero quiero advertirles que don Teófanos Ciruela es un gran maestro. Sus hijos han progresado en sus estudios y en sus relaciones, como habrán podido comprobar. Debo, incluso, admitir que es el quinto curso mejor preparado de cuantos he conocido en los años que llevo en este centro. No creo, por tanto, que debamos hablar de medidas tan severas.

Pero la señora era dura de pelar.

—Comprendo que usted trate de defenderlo, pero si no da la queja al ministerio, la deremos nosotros —chilló, haciéndose portavoz de los demás—. Sin

embargo, apenas tuvo apoyo.

El loro asomó la cabeza por el bolsillo de don Teófanos y gritó:

—¿Es que hay una fiesta?

La airada señora se pegó un susto de muerte. El director le dio una palmada en la espalda para tranquilizarla y admitió de no muy buena gana:

—Está bien, mañana informaré al inspector.

Los padres con sus respectivos hijos emprendieron el regreso a sus hogares. La madre de Oscar se acercó a don Teófanos y le susurró:

No se preocupe, no pasará nada. Cuente con mi apoyo.

El maestro sonrió beatíficamente, como si aquella guerra no fuera con él, se encasquetó el bombín y, con disimulo, metió el sobre del dinero en el bolso de la señora.

El director se acercó a don Teófanos, lo cogió nerviosamente de un brazo y le dijo:

—Usted se ha propuesto acabar conmigo.

El maestro, con la sonrisa en la boca, fue a contestar algo, pero don Onofre le cortó con mal humor:

—Y no quiero ningún chicle.

¡Vaya un lío!

A la mañana siguiente los niños se incorporaron a clase, pero no los esperaba, como de costumbre, el maestro Ciruela sino el director. Hubo gestos de asombro y preocupación, aunque no se atrevieron a preguntar.

El director les ordenó con una señal que se sentaran. Tosió, se metió las manos en los bolsillos, las sacó, arrugó la nariz y, al fin, dijo:

—Esta mañana no se ha presentado don Teófanos. Resulta extraño, no sé qué puede haberle ocurrido. Tal vez tenga un resfriado... Los resfriados son frecuentes en esta época del año. En diciembre hace más frío que en julio —a César se le escapó una risita ante tan perogrullesco razonamiento. El director se dio cuenta, pero disimuló, aunque con bastante nerviosismo—. Claro que es posible que aparezca en cualquier momento. ¿Alguna pregunta?

Los niños se quedaron extrañados, pues poco podían preguntar sobre aquel discurso vacío. Don Onofre sacó un lápiz y lo chupó antes de continuar.

—Bien, de todos modos hay algo que debo comunicaros: aunque don Teófanos venga no seguirá al frente de esta clase.

Lo dijo con miedo, como quien tomara una decisión difícil. Los alumnos clavaron en él sus ojos e hicieron que palideciera.

—Sí, ya no se ocupará más de esta clase. El inspector ha ordenado su traslado a otro centro. Doña Porfiria se hará cargo de vosotros hasta que llegue el nuevo maestro, que, probablemente, se encuentre aquí dentro de un par de días.

El silencio de la clase la hacía vacía, como en un día de vacaciones. Don Onofre, cabizbajo, se encaminó a la puerta. Antes de salir, se volvió.

—Tampoco yo quería...

Pero no acabó la frase.

Al poco rato, doña Porfiria se presentó en el despacho del director con grandes muestras de excitación.

—¡Onofre, los niños se han escapado!

—¿Qué niños?

—Los del maestro Ciruela.

El director pegó un salto y salió corriendo, seguido de doña Porfiria, que gritaba:

—Esto ocurre por darles tanta confianza. Desagradecidos, desagradecidos...

Cuando el director cruzó el umbral del colegio, se encontró con que los alumnos de quinto estaban sentados a la puerta.

—¿Qué hacéis aquí? Es hora de clase.

Víctor se puso de pie y dijo como si recitara una lección:

—Si no es con el maestro Ciruela, no entraremos en clase.

—Pero si no ha venido... —justificó el director.

—Usted ha dicho que va a ser trasladado a otro colegio —respondió Víctor.

—Son órdenes del inspector, del ministerio.

Víctor adoptó una postura de dignidad; parecía que de golpe se hubiera hecho un año mayor.

—Pues dígame al inspector o al ministerio que no entramos en clase si no es con el maestro Ciruela.

Doña Porfiria miró al director con los ojos muy abiertos y le pinchó:

—¿Has oído, Onofre?

—He oído, Porfiria, he oído. Y vosotros, por favor, volved a clase. Veremos qué se puede hacer.

A Víctor debió parecerle que la promesa del director equivalía a tanto como decir “no se puede hacer nada”, porque se sentó entre sus compañeros.

—¿Os declararéis en huelga, entonces?

Hubo un sí discreto y respetuoso, pero firme. Doña Porfiria pegó un grito y exclamó:

—¡Una huelga de niños! ¡El acabóse!

Don Onofre la miró desconcertado y le ordenó:

—Porfiria, cállate, por favor —y se dirigió de nuevo a los chavales— Está bien, tendré que comunicárselo a vuestros padres.

Al poco tiempo, las madres de los niños y algunos padres llegaron a la puerta del colegio. Estaban muy enfadados, pero los niños no se asustaron. A todos explicaron el motivo de su decisión y la causa de que el día anterior regresaran tarde, aunque la mayor parte de los padres ya lo sabía.

Hubo quienes no lo aceptaron, pero la mayoría comprendió sus razones, aunque todos insistieron en que deberían entrar a clase. Los niños persistieron en su negativa.

—Pues que venga el maestro Ciruela.

—No sabemos dónde está —dijo el director.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó una de las madres.

—Dejarlos, dentro de un rato se habrán cansado —propuso don Onofre.

Pero se equivocó, no se cansaron. Además, a la hora del recreo se les unieron otras clases. El asunto tomaba camino de convertirse en una huelga de todo el colegio.

Doña Porfiria volvió a la carga:

—Es inconcebible, ¡una huelga de niños! No hay derecho.

Víctor se levantó y respondió:

—El mismo que para una huelga de profesores.

A la vista del cariz que tomaban los acontecimientos, el director determinó suspender las clases y mandó a un bedel que buscara al maestro Ciruela.

La noticia de la suspensión de las clases corrió velozmente por el barrio, por lo que los padres se apresuraron a ir a la escuela en busca de sus hijos, aunque una parte de los alumnos regresó a su casa por propia iniciativa.

A la mañana siguiente, don Teófanos seguía sin aparecer. Las puertas del colegio se abrieron nuevamente, como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, los maestros estaban nerviosos. El director no paraba de hablar por teléfono, que sonaba y sonaba continuamente como si le hubieran dado cuerda. Y es que la noticia había salido a la prensa y a la radio.

Los niños acudían en bloque hacia el colegio, pero cuando llegaban ante él, se sentaban a la puerta. Ni uno solo había entrado, y lo que era más grave, se les habían unido otros del colegio vecino. Entre

ellos, los que habían destrozado los murales, sin que siquiera sospecharan que su protesta era a favor de quien los había pringado de tomate. Aunque era claro que habrían actuado igual si lo hubieran sabido.

Al director lo traían loco entre los padres y las llamadas telefónicas, y para colmo, habían llegado el inspector y otras personas del ministerio. Todo era consultas, idas y venidas y proposiciones; nervios, en suma. Pero los niños seguían firmes en su actitud.

Alguien del ministerio había decidido dirigir la palabra a los niños, los padres no querían ser menos y los niños, quizá por el mismo motivo, se pusieron a corear: "¡Ciruela, Ciruela...!"

Se organizó un barullo impresionante, en el que cada cual trataba de imponer su voz. En medio de esto, un par de coches de policía se abrió paso con sirenas, lo que produjo un movimiento de desconcierto y sorpresa, que luego se convirtió en temor.

De los coches bajaron varios hombres; unos, de paisano, y otros, de uniforme. Los maestros se apiñaron junto al director, que aseguró:

—Tranquilos, no pasará nada.

Los niños también estaban asustados, pero como eran muchos, se sentían amparados.

Los policías avanzaron hacia el grupo de maestros. Cuando estuvieron cerca, uno de los que vestía de paisano, escaso de pelo, tripudo y con un bigotito que parecía una procesión de hormigas, dijo:

—Hemos leído los motivos de la huelga en el periódico y enseñado hemos acudido para...

Doña Porfiria no lo dejó terminar.

—¿Se atreverán a enfrentarse a unos niños? —cogió el palo que sujetaba la cancela y amenazó—. Al que se atreva a acercarse a ellos, le arreo un estacazo.

Los niños aplaudieron, lo que hizo que ella se animara.

—Muévanse y les dejo el coco como un pastel de piñones.

El policía del bigotito se echó a reír y dijo:

—Tranquílcese, señora, no vamos a enfrentarnos a nadie. Hace dos noches, alguien nos llamó para decirnos que había dejado atados a tres delincuentes en una casa abandonada. Fuimos a comprobarlo, convencidos de que se trataría de una broma, pero era cierto. Tres delincuentes habituales, a quienes no había forma de que les echáramos el guante. Como el autor de la llamada no se identificó, nos quedamos sin poderle dar las gracias. Hoy, cuando hemos leído la noticia sobre la causa de lo que aquí ocurría, hemos descubierto quién hizo la llamada y quiénes nos habían hecho un gran servicio. Por eso estamos aquí, para dar las gracias al maestro Ciruela y a los niños que hicieron posible la captura de los tres maleantes.

Lo que había sido miedo se convirtió de repente en alegría colectiva. El director se puso tan contento como si hubiese ganado una batalla. Se acercó al policía y le dijo:

—Mire usted, lo que acaba de contarnos nos alegra mucho y nos llena de satisfacción. Los niños nos habían contado esa historia, pero creíamos que la habían exagerado para justificar el retraso de aquella noche. Todo queda aclarado. Lo único que

lamento es que el maestro Ciruela no se encuentre aquí para recibir su felicitación. Ignoramos su paradero.

Uno de los representantes del ministerio saludó al policía y dijo bien alto para que todos lo oyeran:

—El maestro Ciruela no será trasladado. Al contrario, recibirá también nuestra felicitación.

Se produjeron nuevos aplausos, que el representante agradeció elevando los brazos. Era claro que aspiraba a un puesto político.

—Hasta que regrese don Teófanos —continuó el director—, doña Porfiria será la profesora de quinto.

Después de la encendida y valiente defensa que doña Porfiria había hecho, los niños estaban encantados de tenerla de maestra provisional.

Cuando renació la calma, la madre de Oscar se acercó al director y le dio un papel.

—Tome, don Onofre, esto es un recibo en el que reconozco una deuda al maestro Ciruela y a su clase. En cuanto pueda, les devolveré el dinero. ¡Ah!, y si lo ve, dígale que la semana próxima abro la tienda. Lo espero a él, a su clase y a usted en la inauguración.

Imprevistos

Al cabo de varios días, la tienda de Oscar fue inaugurada a bombo y platillo. Una gran fiesta de apertura, en la que los alumnos de quinto curso fueron los protagonistas, los invitados de honor. También asistieron doña Porfiria y el director, además de algunas personas del barrio. Sólo hubo una ausencia que se notó y restó alegría al acontecimiento: la de don Teófanos Ciruela.

Los niños estuvieron durante toda la celebración con la esperanza de que en cualquier instante apareciera la figura ahora familiar del hombre del bombín, de los pantalones rojos y del paraguas multicolor, la ya no extravagante figura del maestro Ciruela.

Pero fue una espera inútil. A don Teófanos parecía que se lo había tragado la tierra. Nadie había logrado dar con su paradero. Ni siquiera los policías que fueron a felicitarlo, quienes averiguaron que el día de su desaparición había abonado su cuenta en la pensión en que se hospedaba. Eso descartaba la teoría de Mari Luz y Marga de que había sido secuestrado.

Las clases continuaron con doña Porfiria al frente, que cada vez se mostraba más animada y tolerante. Incluso un día trató de subirse al armario, como hiciera don Teófanos, pero no consiguió llegar más arriba de la mesa. Parecía que el recuerdo del maestro Ciruela se mantenía vivo.

Don Onofre no decía nada, pero se pasaba el tiempo de los recreos masticando chicle y admirando la fachada multicolor del colegio. A la señora Tomasa más de una vez la descubrieron bailando rock-and-roll por los pasillos. Todos daban la impresión de que echaban de menos a don Teófilos. Pero los niños de quinto curso eran quienes más lo extrañaban. De él habían aprendido muchas cosas, que seguían poniendo en práctica cada día, aunque había algo insustituible: su alocada y extravagante forma de ser. Su presencia, en suma.

El sentimiento oscuro de que el maestro Ciruela no regresaría jamás comenzaba a extenderse por la clase.

Oscar, los sábados y también después de clase, solía ayudar a su madre en las tareas de la tienda. Al fin se había convertido en repartidor, sólo que de su propio negocio. Un sábado, al regreso de uno de sus recados, se encontraba a la puerta de la vieja zapatería de Matías, remendón de siempre del barrio, contemplando con embeleso las locas piroetas del canario del zapatero, cuya jaula colgaba de un clavo de la puerta, como un reclamo publicitario. De repente, sintió que una mano amiga se apoyaba con afecto en su hombro. El contacto de la mano conocida hizo que diera un respingo de alegría, y se volvió con los ojos iluminados por la emoción.

—¡Papá! —dijo con un grito de júbilo, que movió al pajarito a revolotear sobresaltado.

El saludo efectivo y cálido del padre se cerró con una pregunta:

—¿Qué tal van las cosas, hijo?

—Bien, muy bien. Hemos abierto la tienda.

—Lo sé, he estado observándola desde la acera de enfrente antes de venir en tu busca.

Oscar, súbitamente, se puso serio y preguntó a su vez:

El padre bajó la vista, como si estuviera en un apuro, y respondió:

—Antes he querido hablar contigo —hizo una pausa larga y continuó—. Todos a veces cometemos tonterías, quiero decir que metemos la pata. Por eso, quiero saber si me perdonas.

Oscar agachó la cabeza y contestó:

—¡Qué cosas dices, papá!

Su padre le pasó con fuerza la mano por el pelo y sonrió.

—Con tu perdón, a tu madre le será más fácil hacerlo. ¿Vamos a casa?

El niño, al contestar, sintió una alegría hasta entonces nunca experimentada, mayor que cuando su padre le proponía asistir al partido de fútbol de su equipo favorito.

—Sí, vamos.

Padre e hijo, como dos viejos amigos que se hubieran reencontrado, caminaron por las calles de siempre, que ahora parecían más alegres y bulliciosas, como llenas de fiesta. Oscar preguntó:

—¿Te quedarás?

—Claro que sí. Creo que tendero es un oficio tan digno como el que más. Trataré de hacerlo lo mejor que pueda. Bueno, si me aceptáis.

—Eso está hecho, papá.

El padre le dio una patada a una lata y la coló den-

tro de una papelería. Soltó una carcajada y dijo:

—Esto no lo hace cualquiera, ¿eh? Ni yo tampoco, ha sido de chiripa.

Luego, añadió:

—Estuve en el norte buscando trabajo. No fue fácil. El asunto está complicado. Al fin, encontré algo bien pagado, aunque provisional. Sin embargo, me dio por pensar en que tal vez no fuera tan mala idea lo de la tienda. “La pondremos —me dije—, y si todo va bien y más adelante encuentro trabajo, volveré a ejercer de delineante”. La sorpresa ha sido encontrármela abierta.

—Gracias a don Teófanos —aclaró Oscar—. Bueno, y a mis compañeros de clase.

—¿Ese maestro un poco chiflado?

Oscar sintió la necesidad de defender al maestro Ciruela, aunque reconoció que sólo él, con sus comentarios burlones en casa, era culpable de que su padre lo calificara así.

—No está chiflado. Además, ha desaparecido. Debe de haberse enfadado o aburrido. Si no, no lo entiendo.

Su padre se detuvo y, con la mente puesta en otro lugar, dijo:

—Tal vez tenga familia en otro sitio y haya descubierto que la necesita.

A Oscar, de pronto, le pareció más comprensible y menos injustificada la ausencia del maestro Ciruela. No obstante, dijo:

—Por lo menos podría haberse despedido...

A la mañana siguiente, a don Onofre que se encontraba en la puerta de la escuela, los buenos días de

Oscar le parecieron más alegres, más llenos de confianza que los de otros días. Pensó que algo debía de haber cambiado en su vida. Se hallaba sumido en estos pensamientos cuando un hombre vestido de oscuro y con corbata azul, flaco y serio, le preguntó:

—¿El director, por favor?

—Yo soy, ¿qué desea?

El hombre de oscuro lo observó a través de los gruesos cristales de sus gafas y respondió:

—Ocupar mi plaza de maestro.

Don Onofre lo miró con una expresión de sorpresa. Se acordó de la llegada del maestro Ciruela y no pudo disimular una risita juguetona que luchaba por escaparse a borbotones de sus labios.

—La única plaza libre que había en este centro fue ocupada por don Teófanos Ciruela, que se encuentra ausente, pero que regresará en cualquier momento.

El hombre abrió una boca enorme, como si le faltara aire o fuera a cantar ópera. Pero no lo hizo.

—Yo soy Teófanos Ciruela Notengo. Vea, vea —y le mostró el carné de identidad y un escrito del ministerio con su nombramiento.

Don Onofre vio y revió los documentos, los leyó y volvió a leer. No le salfan las palabras. Al fin, dijo:

—¿Quiere un chicle?

El recién llegado lo miró de arriba abajo, se apretó las gafas contra la nariz y volvió a mirarlo, tan cerca, que se le metieron en la nariz los pelos de la barba del director y lo hicieron estornudar.

—Yo no tomo chicle, señor mío. En vez de eso, me gustaría que me explicase qué significa lo de que yo ocupé mi plaza, cuando he estado más de tres meses

enfermo en cama. Precisamente, le escribí una carta, acompañada del correspondiente certificado médico, en la que le exponía que, por razones de enfermedad, no podría presentarme a principio de curso y en la que le rogaba que buscara un sustituto hasta mi restablecimiento e incorporación.

Don Onofre se había quedado petrificado. No entendía nada. Aquella situación le parecía una pesadilla. Hasta tal punto, que se pellizcó un carrillo para convencerse de que estaba despierto.

El hombre de oscuro lo miraba como si se hubiese encontrado con un loco en vez de con el director.

“¿Qué pensarán los otros profesores cuando se enteren?”, se decía don Onofre. “¿Y los niños de quinto? No, no puede ser cierto, es una alucinación. Sin embargo, este señor es don Teófanos Ciruela, no hay duda. ¿Quién era, entonces, aquel impostor excéntrico?”.

Se sacudió la cabeza, tratando de alejar el barullo que había en su mente, y dijo:

—Acompáñeme a mi despacho e intentaré explicarle este asunto. Luego, lo llevaré a su clase.

Echó a andar, seguido del recién llegado, que portaba una cartera de tal tamaño, que más parecía la maleta de un excursionista al Polo. De repente, don Onofre se volvió y le preguntó:

—Oiga, ¿se sabe usted de carrerilla la lista de los reyes godos?

—Claro que sí —contestó muy ofendido el maestro.

—Me lo temía.

Epílogo

Transcurrieron los años y aquellos niños de quinto fueron dejando cursos atrás, ascendiendo por una elevada montaña en cuya cúspide se hallaba su realización profesional. Algunos no llegaron a la cima, otros lo hicieron con brillantez.

César, a quien hubiera gustado ser pirata, terminó de capitán de marina mercante, que algo es algo, aunque ejerza por la vía de la honradez. Víctor se hizo abogado y se dedicó a la política. Ahora es diputado de la oposición, aunque sólo hasta que su partido gane las elecciones. Nati se despidió una vez más y en vez de ir a la universidad se fue al matrimonio. Lucas puso una confitería: “El pirulí marchoso”.

Mari Luz acabó de físico y, a lo mejor, cualquier día revoluciona las teorías sobre la electricidad. Luis montó un negocio de transportes urgentes: “Transportes Ciempiés”, claro. Hugo es un famoso humorista. Josefina lleva ahora todo el peso de la empresa de su familia; menos mal que siempre destacó por su fortaleza. Marcos, contra todo pronóstico, no ha llegado a inspector de Hacienda, pero trabaja en un banco. Marga, por el contrario, sí es funcionaria, llevaba el destino marcado en el rostro.

Oscar no se incorporó al próspero negocio de la tienda. De eso ya se ocupan sus padres y lo hacen muy bien. Tampoco se hizo delineante. Optó por ser

maestro. Ahora es director de una escuela en un barrio de una lejana ciudad y se siente muy satisfecho. Precisamente, está ocupado en dar la bienvenida a los maestros, ya que se inicia un nuevo curso. Saluda a unos y otros con la misma alegría que, años atrás, lo hiciera don Onofre.

—¿Qué tal, Oscar? —pregunta un maestro veterano en el centro.

—Soy el nuevo maestro —le dice otro, recién llegado—. ¿De qué curso me ocuparé?

—Del que quiera, lo dejo a su elección —contestó Oscar sonriendo—, del que quiera.

Prefiero uno de pequeños.

Y con una sonrisa de complacencia, ve alejarse al nuevo maestro, con su paso de gorrión, sus pies abiertos, sus pantalones rojos y cortos, bajo los que asoman unos calcetines desaparejados, su bombín y su sombrilla multicolor, de cuya empuñadura cuelga una jaula con un loro parlanchín, que grita:

—¡Pisuerrr...ga, Pisuerrr...ga!

ÍNDICE

Principio de septiembre	5
Encuentro en la tercera clase	11
Prohibido prohibir	16
Algo sonado	26
¡Báñese quien pueda!	33
Colorines	43
Batalla campal	50
Oscar	59
Persecución	69
¡Vaya un lío!	80
Imprevistos	87
Epílogo	93

Fernando Almena

Nació en Córdoba, España, en el año de 1943 y reside en Majadahonda (Madrid), dedicado, fundamentalmente, al teatro y a la literatura infantil y juvenil, géneros en los cuales ha ganado una indiscutible preeminencia.

Entre los principales títulos de su ya larga y fecunda cosecha literaria, se destacan por derecho propio las siguientes obras de teatro: *Redobles para un mono libre*, *Es muy peligroso asomarse... al exterior*, *Ejercicios para ahuyentar fantasmas* y *Gran Guardabosque Gran*. En narrativa infantil y juvenil, le honran textos como *Un solo de clarinete*, *El pavo "Facundo"* y *Gustavo el "Vagabundo"*; y, especialmente, *El Maestro Ciruela*.

La tarea de Fernando Almena ha sido resaltada con premios tan importantes como el Federico García Lorca, el Ambito Literario, el Plaza Mayor y el Barco de Vapor, concedido por la editorial SM de Madrid a su ya lucido texto *Un solo de clarinete*.

El Maestro Ciruela no tiene nada que envidiarle, por su gracia, frescura, originalidad y humorismo juguetón, a los mejores títulos de la narrativa juvenil contemporánea. ¡Es una verdadera y auténtica delicia!

El Maestro Ciruela

Teófane Ciruela Notengo...

Así se presentó el primer día de clases el maestro más tierno, original, humorístico, recursivo y extraño de que se tenga noticia en la literatura juvenil de todos los tiempos. Un maestro con paraguas y loro chistoso, con medias de colorines chistosos y pedagogía revolucionaria: Prohibido prohibir, fuera de los métodos memorísticos y repetitivos, viva la enseñanza práctica, atrás la letra con sangre entra, arriba las virtudes del gozo, de la solidaridad, de la amistad...

Aprender con él y con sus métodos constituía una fiesta de nunca acabar. Más que un maestro era un padre, un amigo, un compinche, un camarada de travesuras sin fin. ¿Qué no? ¡Pues lean el libro y verán! ¡No lo soltarán hasta la última página!